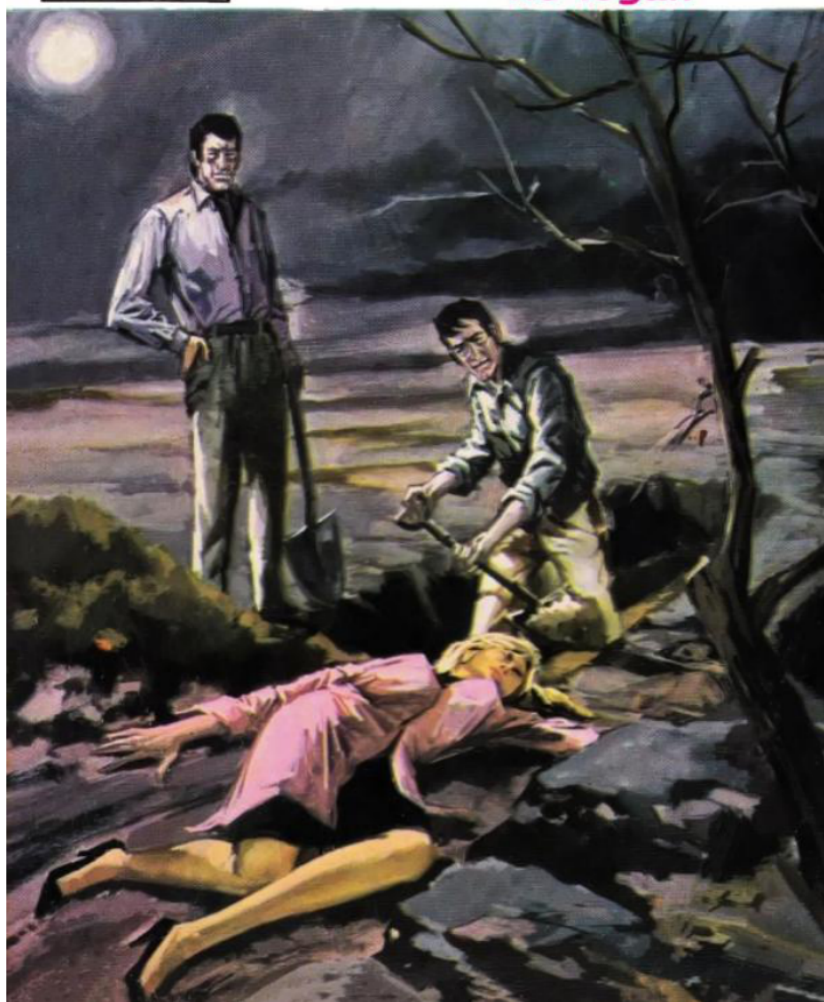


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
**PUNTO
ROJO**

desafío a la ley

vic logan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

DESAFIO A LA LEY

Colección PUNTO ROJO n.º 449
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 34.552 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1970

© VIC LOGAN - 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.057.—Agente enigma.

En Colección PUNTO ROJO:

443.—El hacha del verdugo.

En Colección ASES DEL OESTE:

559.—Ciudad turbulenta.

En Colección SALVAJE TEXAS:

756.—Tras las huellas del asesino.

En Colección KANSAS:

637.—Dólares de sangre.

En Colección BRAVO OESTE:

513.—Primero la ley.

En Colección CALIFORNIA:

728.—El hombre de Canadá.

En Colección COLORADO:

664.—Era un hombre pacífico.

CAPÍTULO PRIMERO

El automóvil se detuvo un instante en el callejón.

El chófer dio marcha atrás para situarlo nuevamente en posición para salir.

El lugar era solitario y oscuro. Los dos o tres faroles apenas alumbraban la empalizada de tablas y la pequeña plazoleta.

A unos cincuenta metros estaba la única calle habitada de los alrededores.

Eran las once y media de la noche y París dormía. Por lo menos un elevado tanto por ciento de parisienses llevaban buen rato descansando.

El conductor del auto se levantó el cuello del abrigo y bajó un poco más el ala de su sombrero.

Caminó hacia la esquina y sus pasos resonaron sobre las baldosas.

Al doble sonido de sus pisadas se unió un tercer golpeteo.

El hombre se detuvo un momento y escuchó.

El golpeteo continuó.

Al cabo de unos instantes, bajo la tenue luz de uno de los faroles apareció el autor del tercer sonido.

Era un hombre que caminaba acompañado de un bastón.

Un ciego.

Bastaba observarle atentamente para darse cuenta de que la persona que marchaba en dirección opuesta al hombre del gabán del cuello levantado era invidente.

El ciego avanzó.

Al llegar a la altura del hombre del auto tropezó ligeramente con él, hombro con hombro, porque el ciego era casi tan alto como el otro. Ambos podían presumir, cuanto menos, de un metro ochenta de estatura.

El vidente, sin embargo, era más corpulento, más grueso,

aunque no aparentaba obesidad.

Cuando el ciego, golpeando rítmica y monótonamente su bastón se alejó, el del abrigo levantado siguió su camino. Cruzó la calle y fue directamente a uno de los portales de las casas, cuyas ventanas estaban a oscuras.

Entró en la casa número 17, después de mirar a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie podía verle.

Del bolsillo derecho de su gabán extrajo una pistola automática, que comprobó en un momento.

El ciego se detuvo un momento y pareció escuchar.

Tal vez trataba de orientarse.

El del gabán y pistola comenzó a subir la escalera que concluía en el primer piso.

En el rellano había dos puertas. Eligió la de la derecha.

Llamó con los nudillos y esperó.

Al otro lado una voz replicó:

—Ya voy, ya voy.

El hombre aguardó con la pistola bien sujeta en el interior del bolsillo.

Al fin la puerta se abrió.

Apareció un hombre de unos cincuenta años, fornido. Usaba gafas. Iba en mangas de camisa y parecía hallarse en pleno trabajo. Un trabajo más bien de oficina.

—¿Qué desea usted? —preguntó entornando sus cansados ojos.

Enseguida sonrió.

—¡Hola, Claude! ¿Cómo has sabido que...?

El recién llegado miró un momento hacia atrás y murmuró con voz queda:

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, pasa.

El otro iba a cerrar la puerta.

—¿Es tu nuevo almacén? —inquirió el recién llegado.

—No. El almacén está en el muelle. Ésta es la oficina... Pero no sabía que tú...

El recién llegado volvió a atajarle con un ademán efectuado con la zurda.

—No es necesario que sepas cómo he averiguado tu paradero, Albert. No te va a hacer falta.

Inmediatamente esgrimió la pistola automática que había sacado de su bolsillo.

—Pero, Claude... —protestó el de la casa.

—No sabes cuánto he esperado este momento, Albert.

—Escucha, Claude, espera... ¡Espera!

Albert gritó desesperadamente. Comprendió que había llegado el momento de su muerte y no se resignaba.

Su visitante, sin inmutarse, sin hacer el menor guiño o la menor mueca apretó el gatillo.

Sonaron tres disparos casi seguidos.

Albert saltó empujado hacia atrás, luego comenzó a retorcerse hasta quedar grotescamente inclinado para terminar retorcido en el suelo.

El visitante efectuó un nuevo disparo a modo de tiro de gracia.

Las convulsiones de la víctima cesaron al instante.

El hombre del gabán del cuello levantado volvió a guardar el arma en el bolsillo derecho de su gabán y salió de la casa sin molestarse en cerrar la puerta.

CAPÍTULO II

El eco de los disparos detuvo al ciego, que escuchó durante unos instantes.

El asesino salió tranquilamente del portal luego de asegurarse de que ni a derecha ni a izquierda circulaba nadie.

Cruzó rápidamente la plazoleta y se encaminó hacia el callejón donde había dejado el automóvil dispuesto para partir.

El ciego seguía inmóvil a un centenar de metros.

Antes de subir al coche el asesino aguardó unos instantes. Miró hacia el ciego cuya silueta veía un tanto difuminada por la incipiente niebla.

Jugueteó un momento con la pistola sin sacarla del bolsillo y al fin decidió subir al coche.

Puso el motor en marcha y arrancó suavemente.

El auto avanzó hacia donde marchaba el ciego, que continuaba su marcha por la breve acera.

El conductor iba a marcha lenta, pero al aproximarse al invidente pisó a fondo el acelerador e hizo que las ruedas de la derecha se montaran sobre la acera.

Iba a embestir al ciego, pero éste pareció intuir el peligro.

Su bastón golpeó frenéticamente la pared mientras apretaba el paso.

El auto estaba a unos cinco metros del infeliz, cuando el bastón dio en el vacío al coincidir con el hueco de una puerta.

El asesino pisó el gas hasta el tope en el momento en que el ciego se lanzaba hacia el abierto portalón.

El vehículo le pasó rozando y el hombre quedó en el suelo, jadeante, muerto de miedo.

El conductor frenó unos metros más adelante y miró a través del retrovisor.

El ciego continuaba en el portal.

El conductor optó por seguir adelante y perderse en la oscuridad de la mal iluminada calle.

Cuando el ciego se repuso y salió nuevamente, lo hizo con alguna vacilación, como si temiera que su agresor pudiera estar acechando.

Se quedó quieto cuando escuchó unos pasos que surgían muy cerca de donde se encontraba.

No podía ver al hombrecillo del bigote y traje desgastado que se acercaba cautelosamente.

Esperó.

El hombrecillo se acercaba al ciego. El coche del asesino estaba ya lejos.

El ciego carraspeó.

—Oiga, oiga... —murmuró.

El recién llegado esperó unos instantes y al fin se acercó al invidente.

—¿Me llama a mí? —preguntó.

—Sí... Sí... Han intentado atropellarme. ¿Quiere... Quiere ayudarme?

—¿Ayudarle? ¡Ah! ¿Usted es... ciego? —preguntó el hombrecillo.

—Sí, señor... Estoy asustado. Creo que nunca estuve tan asustado. No me había ocurrido jamás una cosa así.

—¿Dice que han intentado atropellarle?

—Sí...

—¡Y claro... no puede saber quién es!

—No. No lo sé...

—¿Y no ha oído unos disparos? —inquirió el hombrecillo.

El ciego tras una pausa asintió.

—Bien... ¿Sabe de dónde procedían?

—Más o menos... Creo que ha ocurrido algo, por eso tengo miedo.

—No se preocupe. Le acompañaré a su casa.

—Gracias, señor.

—De nada, amigo, de nada.

El hombrecillo cogió al invidente del brazo y le ayudó.

—Vivo cerca. Dos calles más abajo... ¿Hay alguien cerca de nosotros?

—No. No hay nadie.

El hombrecillo siguió conduciendo al ciego hasta la segunda esquina.

—¿No hay ningún coche? —insistió.

—No. Estamos usted y yo solos.

—¿Usted no ha oído los disparos? —preguntó el ciego.

—Sí. Los he oído.

—¿Y no ha visto al hombre que intentó atropellarme?

—Creo que sí —confesó el que le estaba ayudando.

—¡Ah!

—No se preocupe... ¿Dónde tengo que llevarle?

—Estamos ya cerca. Gracias por ayudarme, señor. Muchas gracias.

—De nada, de nada.

El ciego se perdió en un callejón más oscuro todavía, mientras el hombrecillo después de observarle hasta verle desaparecer tras un portalón, caminó con buen paso un par de cientos de metros. En una esquina había una cabina telefónica.

Entró y marcó un número.

—¿Policía? —inquirió así que obtuvo contestación—. Quiero denunciar un asesinato. ¿Quiere tomar nota, por favor...?

—Un momento. ¿Quién es usted? —inquirió el sargento del puesto de policía.

—Mi nombre es Tony
D'Angelo...

—¿Italiano?

—No. No. Soy francés. ¿Toma nota, por favor?

—Sí, hable.

—Se ha cometido un crimen y he visto al asesino —dijo el hombrecillo en tono grave.

—No se mueva de dónde está —replicó el policía—. Y deme las señas.

—Sí, señor. Enseguida...

CAPÍTULO III

Del piso bajaron un par de agentes, otros dos gendarmes cubrían la entrada y un coche patrulla estaba estacionado en la plazuela.

Marcel Leduc, ayudante del comisario Frenay, salió a la calle donde aguardaba el hombrecillo que había llamado por teléfono.

—Discúlpeme —dijo—. No me gusta ver sangre. Es superior a mí...

—Lo comprendo —sonrió Leduc.

Marcel Leduc era joven y en la brigada todos decían que tenía un brillante porvenir. El comisario Frenay le encargaba los casos más importantes y hasta el momento Leduc los había resuelto con presteza.

Su frente despejada, sus ojos escrutadores y su sonrisa simpática hacían de él un tipo difícil de olvidar.

—Dígame, señor

D'Angelo...

¿Vio usted al asesino? —Siguió el policía.

—Sí, señor. Le vi y le reconocería en cualquier instante —replicó con decisión

D'Angelo.

—¿Le vio cometer el crimen? —continuó Leduc.

—Oh, pues... No. Eso no, desde luego.

—Entonces... ¿cómo sabe que se trata del asesino?

—Oí los disparos y me asomé un momento.

—¿Vive usted por aquí?

—No. No, señor... Salía de... Bueno. Tenía una cita. Supongo que no es necesario dar detalles. Se trata de un asunto privado. No quisiera que por ayudar a la policía...

—Descuide, descuide —cortó Leduc—. Solemos ser discretos... Usted salía de una casa y... oyó los disparos. ¿Es eso?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Y qué más?

—Entonces vi a un hombre salir de la casa.

—¿De esta misma casa? —insistió el policía.

—Sí, señor. De esta misma casa.

—¿Le vio él a usted?

—No, señor. No podía verme. Yo estaba protegido por la oscuridad. Seguro que no me vio.

—¿Dónde estaba usted exactamente?

D'Angelo

señaló hacia un lado.

—Allí exactamente. Él cruzó por delante de mí. Le vi meterse en el callejón y en aquellos instantes no supe qué hacer.

—No llamó usted enseguida.

—No, señor.

—Pero vio al hombre que salía de aquí.

—Sí. Y llevaba una pistola. Vi cómo la sacaba un momento del bolsillo derecho de su gabán y la volvía a guardar.

—Estupendo. ¿Y reconocería usted al hombre si volviera a verle?

D'Angelo

asintió.

—Bien, señor

D'Angelo.

Para nosotros los casos es mejor resolverlos cuanto antes, sobre todo cuando aún están calientes... ¿Sería demasiada molestia pedirle que me acompañara?

—Bueno... Quería irme a descansar, pero...

—Si el asesino que buscamos está fichado, será cuestión de un momento... Si usted es capaz de identificarlo.

—Estoy seguro de que sí.

—Está bien. Entonces si está dispuesto...

El policía le indicó uno de los coches no oficiales y

D'Angelo

asintió.

Los dos hombres se encaminaron hacia el auto, que poco después arrancaba en dirección al puesto de policía.

El trayecto fue bastante rápido ya que a las doce de la noche el tráfico era escaso y Marcel Leduc se mostró como un excelente conductor.

En menos de veinte minutos el policía había mostrado a D'Angelo la reproducción fotográfica de varios delincuentes.

En cada ficha había el historial de los encartados que iban pasando por delante de la escrutadora mirada del hombrecillo.

D'Angelo

se detuvo cuando pasó por sus ojos determinada ficha.

—¡Éste! —exclamó sin vacilar un momento.

El policía le tomó la ficha de las manos y lo observó un momento.

—¿Está seguro, señor

D'Angelo?

—preguntó.

El hombrecillo asintió contundentemente:

—Sí, señor. Estoy completamente seguro. Le reconocería en cualquier parte. Es éste. Es éste.

Leduc miró detenidamente la ficha y leyó en voz alta:

—Claude Soterre, nacido en 1924... Humm. Humm —pasó por alto los datos personales y fijó su atención en las condenas.

—Condenado por robo, atraco a mano armada, cómplice de asesinato... Algunas absoluciones por falta de pruebas, más robos... Es todo un historial.

D'Angelo

sonrió tímidamente.

—Ha sido fácil, ¿eh? —murmuró.

—Sí. Muy fácil. Y no le molesto más...

—¿Eso es todo, señor? —preguntó

D'Angelo.

—Sí, por el momento... Pero habrá un juicio. Y usted declarará, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto!

—Bien, señor

D'Angelo.

¿Le importaría firmar una declaración?

—En absoluto.

—Muy bien. En un momento todo estará listo —replicó Leduc, e inmediatamente dio órdenes a uno de sus subordinados y luego tomó el teléfono para pedir:

—¡Orden de busca y captura contra Claude Soterre! ¡Sospechoso de asesinato!

CAPÍTULO IV

Claude Soterre, entre los cuarenta y los cincuenta años estaba sentado en la mesa de El Loro Azul.

Sin el gabán, con un impecable traje azul oscuro y corbata encarnada, las sienes plateadas y el pelo concienzudamente ondulado, podía pasar por uno de tantos hombres mundanos que durante el día hablan de negocios y alguna que otra noche saben divertirse.

Estaba solo, sin embargo, contemplando el espectáculo. D'Angelo habría podido reconocerlo al instante como al hombre que acababa de identificar.

También su víctima, el hombre que yacía en el departamento de autopsias, hubiera podido gritar que aquel tipo de rostro sereno y mirada dura era su asesino.

Sin embargo, allí sentado viendo cómo Dora Moralva hacia su número de *streak-tease* vestida como *madame* Pompadour, parecía un caballero que huyendo de las preocupaciones del día se hubiese refugiado en el *night-club* para evadirse por unas horas de toda clase de preocupaciones.

Cuando entraron los agentes al frente del propio Marcel Leduc, Claude Soterre pareció sentirlo, pero no se movió.

Leduc tomó la delantera y se aproximó a su mesa. Cuando estuvo delante del asesino se inclinó para hablarle. Lo hizo quedamente al oído. Claude le miró unos instantes y se puso en pie.

Instantes después estaban en el vestíbulo.

Con Leduc estaban los otros dos agentes y la puerta estaba guardada por dos gendarmes.

Claude Soterre murmuró:

—¿Dice que me han reconocido?

—Sí. Un hombre le vio salir. Se llama

D'Angelo

—replicó Leduc.

—¿Y va a detenerme? —preguntó tranquilamente Soterre.

—Está ya detenido, Soterre.

Inmediatamente uno de los agentes esgrimió unas esposas. Soterre después de vacilar unos instantes tendió las manos con la veteranía propia de quien no se encuentra ante una situación extraña.

—Lamentará esto, Leduc —dijo simplemente.

—¿Por qué, Soterre? ¿Se declara inocente?

—Claro que me declaro inocente. Estuve toda la noche aquí. Me acompañaba una chica.

—¿Qué chica?

—Ivette. Ivette Molinaux. Hace apenas cinco minutos que me dejó. Pero volverá.

—Bien, Soterre. Ya aclararemos esto.

—Como quiera, Leduc. Pero está cometiendo un error.

Claude Soterre se dejó conducir.

Leduc habló con uno de los agentes.

—Esperen a que yo vaya. Tengo que hacer algo.

Su interlocutor asintió. Sus dos ayudantes condujeron al detenido hasta el coche, que poco después arrancó.

Marcel Leduc cruzó el salón por un extremo y entró por la puerta que comunicaba con los camerinos de los artistas.

En el corredor había un hombre corpulento que parecía montar guardia.

Era de la brigada.

—¿Alguna dificultad? —preguntó a Leduc.

—No, Clement. Puedes ir a dormir si quieres. Éste es un asunto prácticamente resuelto.

—¿Ha confesado ya? —preguntó el otro.

—No. Dice que ha estado con una tal Ivette. Posiblemente una excusa.

D'Angelo

parecía muy seguro. Además, todo concuerda.

Ante la mirada interrogadora de su interlocutor, Leduc añadió:

—Verás, Soterre cumplió una condena por un asunto de drogas. Posiblemente no le hubieran encerrado de no ser por una

delación... Fue Albert Nimieux quien le acusó.

—¿La víctima?

—Exactamente. Nimieux tiene negocios de transporte por ultramar. Descubrió el envío de los estupefacientes y avisó a la policía. Así fue posible descubrir y apresar a Soterre, pero Soterre no perdonó a Nimieux. Llevaba apenas dos semanas fuera de la prisión. Seguramente el tiempo que le costó averiguar el nuevo paradero de su futura víctima. Ahora le va a costar el cuello.

El interlocutor de Leduc se encogió de hombros.

—Bueno... Si no me necesitas...

—No... Y bien quisiera eludir lo que tengo que hacer ahora.

—¿Ahora?

—Soterre es un cínico... No se conforma con asesinar a Nimieux sino que además se pasea por las narices de su hija.

El otro agrandó los ojos.

—¡Es verdad! Dora Moralva.

—Exactamente. Dora Moralva. Su verdadero nombre es Dora Nimieux. Alguien tiene que decirle que su padre ha sido asesinado.

—No te envidio —replicó el otro.

—Hasta mañana, Clement.

—Adiós, Leduc.

Y Leduc quedó un instante pensativo mientras su compañero desaparecía tras la cortina.

CAPÍTULO V

Dora era hermosa y bien proporcionada, lo cual era obvio ya que de otro modo no habría resultado apta para su número de *strep-tease*.

Con una corta bata escuchó las palabras de Leduc sin pestañear.

Bajo el maquillaje, su rostro se mostró inexpresivo, pero sus ojos brillaron intensamente.

—¡Papá... asesinado! —balbució al fin.

—Sí. Pero ya tenemos al culpable.

—¿Quién ha sido? —inquirió ella fríamente.

—Alguien le ha visto salir de su oficina. Un tal D'Angelo.

—

¿D'Angelo?

—Sí.

Ella hizo memoria.

—No recuerdo... Pero ¿quién le mató?

—Claude Soterre.

—¡Soterre!

—¿Le conoce?

—Sí... Mis relaciones con papá no eran muy buenas... A él no le gustaba que yo... trabajara en el *night-club*.

—Comprendo...

—Bueno... Yo consideré siempre que era una forma de ser independiente.

Leduc asintió.

Tras una pausa como si Dora estuviera recopilando todos sus pensamientos, prosiguió:

—Algunas veces iba a verle... No hablábamos de mi trabajo. Nos saludábamos y charlábamos de ambigüedades... Bueno, lo que importa es que en un par de ocasiones vi a ese Soterre.

—¿Tenía negocios con su padre?

—No sé exactamente... Pero sí recuerdo que en una ocasión antes de que yo entrara estaban discutiendo. Luego al pasar yo al despacho de papá, callaron. Le pregunté si le ocurría algo, pero papá dijo que no, aunque yo comprendí que estaba preocupado y deduje que la causa era ese Soterre.

—¿Habló alguna vez con él?

—¿Con Soterre?

—Sí.

—Fue él quien me salió al encuentro.

—¿Para qué?

—Quería salir conmigo.

—¿Salieron juntos?

—¡Claro que no! Me pareció repugnante.

—¿No volvió a verle más?

—Aquí. Estuvo tres o cuatro veces.

—¿Habló con usted?

—No.

—Debió seguirla para saber el nuevo domicilio de la oficina de su padre.

—No sé. No me fijé.

—Sabe lo que pasó hace unos años, ¿verdad?

—Sí. Y confirmo mi opinión de ese individuo. Yo creo que papá hizo bien en denunciarle.

—Supongo que le ha matado por esto.

Ella volvió el rostro, como si por primera vez en toda la conversación no pudiera resistir la idea de saber que su padre acababa de morir violentamente.

—Siento todo esto.

Ella que hasta entonces había permanecido en pie, se sentó ante el espejo y encendió las luces.

—Señorita Nimieux... —empezó Leduc.

La joven se serenó.

—Sí. Dígame.

—Ya le he dicho que tenemos un testigo que vio salir al asesino de la oficina de su padre.

—Sí.

—Sin embargo, al ser detenido. Soterre afirma que ha estado

todo el tiempo aquí.

—No puedo contestarle. Yo hago solamente un número. He llegado cinco minutos antes de mi turno. Le he visto, desde luego, pero no puedo decir si antes estaba o no...

—Él dice que sí.

—No esperará que confiese.

Tras una pausa Leduc preguntó:

—¿Conoce a una chica llamada Ivette Molinaux?

—Trabaja en el bar.

—¿La conoce?

—De vista, como a todas. Alternan con los clientes que lo solicitan —explicó ella.

—Sí, ya... ¿La ha visto hoy?

—No. ¿Por qué?

—Soterre afirma que ha estado aquí toda la noche con ella. Supongo que se trata de una excusa. Pero me gustaría hablar con esa chica.

—Debe estar por ahí fuera. No le será difícil.

—Está bien... Si quiere que la acompañe...

—Gracias, inspector. Tengo mi coche fuera.

—Una vez más... Lo siento —murmuró él.

Ella asintió.

El policía se acercó a la puerta y la observó un momento.

Era hermosa, muy hermosa, y a juzgar por el tiempo que llevaba realizando su número, su actuación debía constituir un auténtico éxito.

Comenzó a cepillar sus pelucas.

Junto con la que le había servido para realizar su número estaban otras; las había de todas las épocas, de todos los colores.

Dora Morálva sola en su camerino comenzó a pensar. En sus ojos se dibujó un rictus amargo primero, duro después...

De nuevo en la sala, el inspector Marcel Leduc buscaba a Ivette Molinaux.

—Ha tenido que ausentarse —le dijo el encargado.

—Deme sus señas, necesito hablar con ella —pidió el policía.

—Un momento.

Instantes después el encargado regresaba con una nota donde estaba especificado el domicilio de la muchacha.

Leduc salió a la calle y subió a su coche.

Si el criminal no se avenía a confesar, le esperaba una noche de trabajo. No obstante, existía un testigo muy valioso en su contra.

Claro que todo dependía de lo que dijera Ivette Molinaux.

CAPÍTULO VI

Cuando el inspector Leduc entró en el vestuario de las maniqués de *madame* Corintya, la muchacha que se estaba ajustando la media iba a protestar, pero enseguida varió de actitud.

—¡Ya es hora de que te dejaras ver! —sonrió.

Marcel se acercó para besar a la joven.

—Hola, Eva. Lo siento. Se ha presentado un poco de trabajo.

—¿Es ese asesinato del que hablan hoy los periódicos? —inquirió ella, mientras se alisaba la falda.

—Sí. El mismo.

—Pero ya tenéis al asesino.

—Eso parece, pero faltan algunos detalles. Los criminales casi nunca confiesan de plano.

—Bueno... Todos dicen que estando el asunto en tus manos, el asesino tiene pocas probabilidades.

—No he venido para discutir de asesinatos contigo, querida.

—Ni para invitarme, supongo. Si tienes trabajo...

—Es por lo del fin de semana. Me gustaría ir al campo tal como habíamos planeado, pero temo que no podrá ser.

—¡Oh, Marcel! Pero si todavía faltan dos días.

—Y a mí me falta la declaración de una muchacha. Está enferma.

—Una muchacha, ¿eh?

—Sí.

—Hubieras tenido que trabajar en la brigada mundana. En todos tus asuntos siempre hay faldas de por medio.

—Yo no me los busco.

—Pero las hay.

—¿No estarás celosa a estas alturas?

—No, Marcel. Sabes que no lo soy, pero me fastidia que cuando tenemos algo planeado lo hayamos de posponer por tu trabajo.

—Ve tú sola con los amigos. Si puedo iré yo también.

La besó de nuevo.

—Lo siento. He de volver a la comisaría.

—Debes haber pasado la noche sin dormir.

—Sólo un par de horas. Ahora vengo de casa.

—Bueno —replicó la joven resignada—. Yo también tengo que prepararme. Dentro de media hora tengo el primer desfile.

—Hasta pronto, querida —saludó él dándole un último beso de despedía.

Instantes después se alejaba, mientras la novia del policía se dirigía al teléfono.

Marcó un número y esperó.

Cuando al otro lado contestaron comenzó a hablar.

A Marcel le hubiera intrigado bastante saber que su prometida estaba hablando precisamente con...

—¿Eres tú, Ivette?

—Sí... —replicó la voz al otro lado del hilo.

Marcel llegó a la comisaría y pasó directamente a su despacho. Allí estaban dos de sus ayudantes.

—¿Algo nuevo?

Negaron.

—Insiste en que Ivette Molinaux pasó la noche con él, ¿eh?

—Sí.

—Bien... ¿Habéis localizado al doctor que atiende a esa chica?

—Sí —asintió el que había hablado antes, y pasó una nota a Leduc, que leyó enseguida.

—Doctor Romaine, rue de... Bien. Hablaré con él. Supongo que la enfermedad no será tan grave como para que no pueda contestar a unas preguntas. Después de todo, si anoche hasta diez minutos antes de llegar nosotros a El Loro Azul estaba con Soterre, no estará tan mal ¡Digo yo!

Pidió comunicación con el médico cuyas señas acababan de facilitarle y esperó.

Mientras esperaba que contestaran añadió:

—Sacad a Soterre.

Instantes después conversaba con el doctor a través del teléfono.

Cuando colgó, sus ayudantes le traían ya al detenido.

Soterre a pesar de haber pasado la noche sin apenas dormir, se

mostraba absolutamente sereno.

—Bien —espetó Leduc—. Tenemos la confesión escrita. Basta con que la firme. Aunque no lo haga es lo mismo. Sabe que tenemos un testigo.

—Yo también lo tengo.

—Escuche, Soterre. En El Loro Azul nadie puede precisar la hora en que usted entró.

—Es lógico. Suele ser un local muy concurrido. Dora Morálva atrae a mucha gente.

—¡Asesinó usted a su padre y luego fue allí!

—¡Cuidado, inspector! Yo no asesiné a nadie. Esto lo dice usted y ese testigo fantasma.

—No es un testigo fantasma.

—Como quiera. Será la palabra de su testigo contra la de Ivette Molinaux. Con la diferencia de que yo puedo probar que estaba en El Loro Azul, porque Ivette lo dirá. Mientras que a usted no le basta la declaración de ese tipo que dice que me vio salir. Pudo haberse confundido...

—¡Llévenselo! —exclamó Leduc a sus hombres.

Soterre sonrió con marcado cinismo.

—Ha cometido un error, inspector. Se ha precipitado.

Lo sacaron fuera del despacho para conducirlo de nuevo a los calabozos.

Leduc entretanto avisó a través del teléfono:

—Voy a casa de Ivette Molinaux. Si el comisario pregunta por mí, díganle que regresaré dentro de media hora.

CAPÍTULO VII

Ivette era pequeña, pero bien proporcionada.

Acababa de levantarse de la cama y no tenía aspecto de haber tenido fiebre, tal como afirmó su compañera de cuarto la noche anterior.

Estaba sola.

Leduc echó una ojeada al sencillo apartamento. Una salita, pequeña cocina supletoria, un baño y una habitación con dos camas.

—Le ha pasado muy pronto su enfermedad... Me alegro.

Ivette parecía asustada.

—Lo siento. Anoche me encontré mal repentinamente y tuve que dejar mi trabajo.

—¿Con quién estaba entonces?

—Con... un cliente —murmuró ella tras una pausa.

—¿Cuál es su nombre? ¿Lo sabe?

Otra pausa.

El inspector no la presionó. Dejó que fuera ella quien al final respondiera:

—Se llama Claude Soterre.

—¡Buena memoria!

Ella palideció.

—¿Todos los clientes le dan el nombre y el apellido? ¿O acaso el señor Soterre es un cliente especial?

—Bueno... Hemos estado juntos otras veces. Cuando viene a... El Loro Azul siempre me pide que me siente a su lado.

—¿Y va mucho por El Loro Azul?

—Bastante.

—No miente usted muy bien.

—¿Qué?

—El señor Soterre hace muy poco que salió de presidio.

—¡Oh!

—Pasó ocho años encerrado... ¿Qué edad tiene usted ahora, señorita Molinaux?

Ella volvió a vacilar.

—Bueno... No lo tome como una indiscreción —dijo con sorna el policía.

—Tengo veintitrés años.

—A los quince no estaba usted en el *cabaret*, ¿verdad?

—No...

—Entonces su amistad con Soterre es más bien de muy pocos días...

—Sí —confesó ella.

—Ya... ¿Y cuánto le paga para decir que estuvo usted con él «toda la noche»?

—¡Oh, no! —protestó ella de inmediato.

—Usted sabe que no es verdad, Ivette. Usted sabe que ese hombre estuvo charlando con usted solamente unos momentos, y no debe ignorar que cuando llegó acababa de cometer un asesinato. ¿No ha leído los periódicos?

Estaba pálida. Muy pálida, y Leduc lo notó.

—¿De qué tiene miedo, Ivette?

Ella no contestó.

—Diga la verdad. Es usted muy joven para verse envuelta en una complicidad de asesinato.

—Yo no sabía nada de esto.

—Ahora lo sabe.

—Lo siento.

—Ivette, no debe temer a Soterre. Está preso. Lo entregaremos al juez y si es culpable le condenarán... Hable claro. Él no puede hacerle ningún daño... El daño se lo hace usted misma negando. Haciéndole el juego a ese asesino.

—Yo estuve con él —dijo finalmente la joven.

—Está bien. Si quiere que sea esto lo que conste...

—Sí.

—Tendrá que declarar en el juicio. La acosarán a preguntas.

Ella volvió a encerrarse en el silencio.

—Como quiera, Ivette. Voy a tomar nota. Dice que Soterre estuvo sentado con usted desde... ¿qué hora?

—No sé. No me fijé.

—¿Las doce?

—¡No, no! Antes —protestó Ivette.

—¿Cómo lo sabe? Dijo que no se había fijado.

—A las doce... salí yo del *cabaret*. No me encontraba bien.

—Entonces... desde las once y media.

—No. Antes... Tomamos una botella de champaña. Debían ser las once más o menos.

—Antes no se acordaba y ahora sí.

—Había consultado el reloj antes de que él se sentara conmigo. No me acordaba.

Leduc la miró fijamente. La joven no pudo aguantar los ojos del policía y volvióse hacia la ventana.

—Está bien —replicó Leduc, guardando su agenda—. Seguramente nos volveremos a ver... Que siga mejorándose.

Leduc salió de la casa, dejando a la muchacha en el centro del salón, más pálida y más asustada que antes.

CAPÍTULO VIII

Aquel fin de semana, Marcel Leduc se presentó inopinadamente en la casa de campo de una de las amigas de su prometida.

Eva estaba bailando en el moderno y funcional salón, cuando apareció Marcel.

Dejó enseguida a su pareja para correr a su encuentro.

—¡Por fin! —sonrió—. ¿Todo resuelto?

—¿Eh? ¡Oh, no! Pero poco se puede hacer. He dejado el asunto para que sea traspasado al juez. Así que... ya me he ganado mi día de asueto.

Algunos de los amigos, todos conocidos de Marcel, le rodearon.

—¿Qué dice el policía?

—¿Qué hay de ese crimen?

Saludó a todos y se dirigió hacia el pequeño bar de la casa para beber en compañía de Eva.

Ella murmuró:

—No pareces muy satisfecho.

—La verdad es que no puedo estarlo. El caso parecía bien claro, pero no sé...

—Pero si tienes un testigo...

—Uno en favor y uno en contra.

—¿Y no es posible encontrar algún otro indicio?

—El lugar donde se cometió el crimen es desierto. Allí no había nadie. Al menos a todos los que hemos preguntado no saben nada. O no estaban o no oyeron o no quieren hablar... Bueno. Lo más probable es que dada la hora no hubiera nadie. Allí no vive gente. Es a un par de calles antes. Allí hay varios barracones de madera, pero también se hallan desiertos. De día hay gente que trabaja en los almacenes, pero de noche no quedan ni las ratas...

—La víctima estaba... —adujo Eva.

—Sí. Solía ir a poner en orden algunas cosas. A veces trabajaba

hasta la medianoche.

—Pero si este testigo asegura...

—Este testigo es uno. Él lo asegura. Está convencido... Y no tiene por qué mentir. Hemos comprobado que no le une nada con Soterre. Son desconocidos entre sí, lo cual descarta toda posibilidad de una venganza... Pero por otro lado está una de las chicas de El Loro Azul. Ella afirma que estuvo con él desde las once.

Eva guardó silencio.

—Miente, sin embargo —añadió Marcel.

Su novia se volvió.

—¿Lo sabes?

—Sólo hay que verla. Esa chica teme algo. Estoy seguro.

—¡Ah!

—En fin... No he venido para hablar de esto... Y soy el primero en empezar.

—Yo tengo la culpa —sonrió Eva.

—No. La tengo yo... Quizá porque no acabo de encontrar la clave.

—Bailemos. Olvídate de todo. Tú ya has cumplido. Deja que sea el juez y los jurados los que hagan el resto.

—Cumplir no es simplemente entregar a quién creemos culpable al juez, sino estar seguros.

—Algunos se os escapan.

—Entonces sí que no es culpa nuestra. Pero ahora... No sé...

—Bueno. Me prometiste olvidarlo —sonrió ella, rodeándole por el cuello.

Volvieron al salón, donde varias parejas bailaban un ritmo moderno.

Leduc no se volvió atrás. En aquellos momentos no era el policía sino simplemente el hombre joven deseoso de pasar unas horas de solaz en compañía de la mujer que amaba.

Sin embargo, quien tiene por misión perseguir delincuentes no puede olvidar fácilmente su profesión.

Y Marcel estaba preocupado.

No obstante, tenía que entregar a Soterre o soltarlo. El plazo para retenerle estaba a punto de concluir.

De repente, pareció tener una idea.

—¡Eva! Tú podrías ayudarme.

—¿Yo? —inquirió ella, sorprendida.

—Sí. Ven... Vamos a charlar a otro sitio.

La música había subido de tono.

La dueña de la casa, al ver que la pareja se alejaba hacia otra sala sonrió.

—Queréis estar solos, ¿eh? ¡Oh, la, la!

Pero el policía no quería separarse de los demás para hacer el amor a su novia. Pensaba en su trabajo y no tardó en exponer su plan.

—Hemos averiguado algunos datos de Ivette Molinaux.

Ella guardó silencio para dejar que Marcel continuara.

—Empezó como modelo de fotografías con Dalman. Tú le conoces porque también habías trabajado para él.

—Sí. Pero hace tiempo...

—Lo sé, lo sé...

—¿Qué puedo hacer yo?

—Ella continúa yendo por Dalman. Me gustaría que os encontrarais... No te pediría esto si no estuviera seguro de que la chica miente.

—¿Qué pretendes? —inquirió ella, enarcando las cejas.

—Que hables con ella. Si os encontráis en casa de Dalman será fácil. Pide a Dalman que la cite. Dale cualquier excusa. Le hablaré yo. A Dalman le agrada estar bien con la policía.

—Pero ¿qué le digo a Ivette?

—Inventa algo. Tienes tiempo. Averigua por qué miente ella.

—¿No tenéis agentes femeninos? —preguntó Eva.

—Eva... Esto hay que hacerlo deprisa. Dalman tiene tu rostro en varias partes de su estudio. Ivette debe haberte visto en más de una ocasión. No recelará de ti. Sé que es una chica asustada... Si ahorauviéramos que preparar el terreno costaría demasiado. Además, es una cosa extraoficial...

—Preferiría no hacerlo —replicó ella gravemente.

—Inténtalo, Eva. Claro que si no quieres...

—A veces me gustaría que te dedicaras a otra cosa —dijo ella, poniéndose en pie.

—Lo siento, Eva. Me gusta ser policía. Y no me agrada dejar que los criminales anden sueltos —repuso él.

Luego se fueron a bailar.

CAPÍTULO IX

Eva hizo más de lo que su novio le había pedido.

La muchacha se dirigió personalmente a casa de Ivette.

La joven de El Loro Azul estaba vistiéndose para ir a su trabajo en el *cabaret* cuando Eva llamó a la puerta.

Al abrir agrandó los ojos, extrañada.

—¿Tú aquí? ¿Ha pasado algo?

—Ha pasado que estás metida en un buen aprieto. Marcel sabe que tú mientes.

—Pero...

—¡No! Yo no le he dicho nada, pero esto no me gusta. ¿Sabes?

—Por favor, Eva...

—Sí, por favor. Pero tarde o temprano te cogerán en la mentira. Te verás en apuros y si Marcel sabe que le he mentado...

—Lo siento —murmuró la muchacha con la tristeza reflejada en el rostro.

—Escucha... Deberías decir la verdad.

—¡No puedo! —exclamó Ivette.

—Claro que puedes...

—¡Oh, Eva! Compréndelo...

—¡Ojalá no supiera nada de todo esto! —replicó la novia del policía, tras un silencio.

—Todo saldrá bien —susurró la otra.

—No estés tan segura.

—¿Por qué?

—Marcel quiere que nos hagamos amigas para sonsacarte. ¿Comprendes?

—¡No!

—Sí. Y no me gusta tener que fingir.

—Por lo que más quieras, no le digas nada. Él no podría ayudarme. Ni él ni nadie. Ya sé... Ya sé que te pongo en un dilema.

Pero yo no sabía que tu novio era de la brigada de homicidios. ¡Dios mío! Tengo miedo, Eva.

—Tiene que haber alguna solución —murmuró Eva.

—Ahora tengo que irme —dijo Ivette—. ¿Volveremos a vernos?

—Ya te llamaré... Pero yo también tengo que encontrar una excusa para Marcel. Querrá saber cómo ha ido nuestra entrevista.

Se despidieron. Eva salió primero e Ivette se quedó todavía unos instantes.

Cuando Eva salió a la calle, entró un hombre de mediana estatura. Era un sujeto cincuentón que vestía con rebuscada elegancia.

Subió directamente al apartamento de Ivette y la encontró cuando abría la puerta para salir.

—Perdone... ¿Es usted la señorita Molinaux? —preguntó el hombre con marcado acento marsellés.

—Sí.

—Soy abogado del señor Soterre.

—¿Eh?

—¿Puedo hablar un minuto con usted?

—Tengo mucha prisa, pero pase.

—No la voy a entretener. Es sólo un minuto —repuso el hombre, pasando al interior del apartamento.

—¿Quiere sentarse? —ofreció ella.

La palidez había vuelto a su rostro a pesar del maquillaje.

El hombre la tranquilizó con una sonrisa.

—No debe temer nada, señorita Molinaux. Mi cliente va a ser juzgado y yo me haré cargo de la defensa.

—¿Le ha enviado él aquí?

—Sí.

—¿Le ha dicho...?

—Me ha dicho que usted tenía que declarar a su favor, diciendo que la noche en que se cometió el crimen usted había estado con él desde antes de producirse el delito.

Ella guardó silencio.

«¿Será una trampa?», se preguntó, pero el recién llegado pareció adivinar sus pensamientos.

—Bien, señorita... Para que vea que estoy al corriente de todo, le explicaré lo que mi cliente me ha contado a mí... Pero antes, para

tranquilizarla, debo advertirle que no tiene por qué declarar en falso. Puedo salvar a mi cliente sin que usted se comprometa jurando en falso.

Ivette agrandó los ojos. Aquello ya empezaba a gustarte un poco más.

El abogado añadió:

—Tengo mis pruebas particulares, que esgrimiré durante el juicio. Desde ahora, usted queda absolutamente libre de declarar. No voy a citarla. ¿Le satisface?

—Por supuesto.

—Si la policía viene a hacerle preguntas, puede usted decir cualquier cosa... Que no recuerda exactamente la hora... Lo que se le ocurra.

—¿Usted es su abogado defensor? —preguntó Ivette.

—Sí.

—¿Y... cree que es inocente?

—Lo que crea no es lo que cuenta, sino lo que pueda probar.

—Pero Claude Soterre mató a...

—¿Usted lo vio? —cortó el abogado.

—No.

—Nadie lo vio.

—Dicen que hay un testigo.

—Esto no es asunto suyo, señorita. Espero que mis noticias le hayan satisfecho. ¡Ah! Por si tiene alguna duda, cuando empiece la causa me verá en los estrados.

—¿Es usted amigo de Claude Soterre? —inquirió Ivette.

—Somos como hermanos —replicó el hombre con una sonrisa, y poniéndose en pie añadió—: Y no la molesto más.

CAPÍTULO X

Tras el período de instrucción y después de que el fiscal por un lado y la defensa por el otro hubieran reunido las pruebas que tuvieron por convenientes, dio comienzo la vista de la causa por asesinato de la que era acusado Claude Soterre, delincuente habitual, con varias condenas en su haber y sospechoso de otros delitos no probados. En conjunto, había pasado más años en presidio que en libertad.

El fiscal pidió la presencia del inspector Marcel Leduc, que informó tal como se habían producido los hechos.

A continuación los peritos en balística informaron sobre el tipo de arma usada, y como si todo favoreciera la labor policial, se aportó también el valioso testimonio del tendero que había vendido el arma.

Era una automática de modelo antiguo y su vendedor un comerciante dedicado a compra-venta de toda clase de objetos.

Pasó a declarar.

—¿Recuerda al hombre al que vendió esta pistola? —inquirió después de algunas preguntas formularias.

—Sí, señor. Estuvimos hablando un buen rato, por eso me quedó grabado en la memoria —replicó el comerciante.

—¿Está en la sala? Si está, señálelo —dijo el fiscal.

El testigo señaló al acusado.

—¡Yo nunca negué haber comprado un arma! —protestó desde el banquillo Soterre.

—El acusado permanecerá en silencio hasta que se le interrogue —amonestó el juez.

Posteriormente declaró
D'Angelo.

Declaró ser francés, aunque su padre fuese de origen italiano.

El fiscal le hizo relatar lo que vio la noche de autos.

D'Angelo

no se desdijo en absoluto de lo que había manifestado en su día al inspector Leduc.

La defensa casi nunca tenía nada que preguntar y un día bastó para la exposición de hechos y declaración de testigos. El caso parecía absolutamente simple, como pocos, y las esperanzas de que el acusado pudiera verse libre de una condena a muerte eran muy escasas.

Antes de cerrar la sesión de la mañana, el fiscal quiso hacer unas preguntas a Soterre.

—Creo recordar que usted alegó haber perdido esta pistola. Claro que esto no lo dijo hasta que dimos con el hombre que se la vendió. Bien. Lo que no nos ha dicho es si la perdió antes o después de haber asesinado a Albert Nimieux.

—¡Protesto! —exclamó el abogado defensor—. El señor fiscal sienta de modo definitivo que mi patrocinado es culpable y en realidad estamos aquí para aclararlo. ¿No es así, señoría?

—Bueno, bueno —replicó el fiscal—. Haré la pregunta de otro modo. ¿Perdió usted la pistola antes o después de la noche del 10 de noviembre?

—No recuerdo. La perdí, pero no sé cuándo ni dónde. En realidad, ni siquiera lo había advertido —replicó Soterre.

El fiscal jugueteó con el arma.

—Fue encontrada a unos doscientos metros del lugar donde usted cometió el asesinato...

—¡Protesto!

—Admitida —murmuró el juez con aspecto aburrido.

—Esto prueba —adujo el acusado— que no la eché adrede... De haberme querido desprender de ella, la habría arrojado al Sena.

—Pudo haberla perdido realmente.

—Si se supone que escapé con un coche...

—Limítese a contestar las preguntas sin hacer comentarios —advirtió el juez.

En la sala, Leduc murmuró al oído de su prometida:

—Está perdido. En realidad, todo ha resultado mucho más fácil.

—Sí —musitó ella.

Luego, y mientras duraba el interrogatorio al asesino, ella añadió:

—Marcel... tengo que decirte algo. Hace tiempo quería hacerlo, pero...

Él sonrió.

—¿Un secreto? Ya me lo dirás cuando termine esto.

El ujier se acercó para hacer una seña al policía.

Se inclinó para decirle:

—El comisario le llama, inspector. Está al teléfono.

—Voy enseguida. Excúsame, querida.

Ella sonrió mientras el policía se levantaba para seguir al ujier.

El interrogatorio continuó. A cada pregunta del fiscal, Soterre contestaba ambigüedades.

—Pasé la noche con unos amigos... Estuvimos en varios sitios...

—En la comisaría usted afirmó que había estado en determinado *cabaret*.

—Ya no me acuerdo de lo que dije, pero si entonces lo afirmé es que es cierto.

—Se está contradiciendo demasiadas veces.

—Mire, señor fiscal. Soy inocente, y espero que mi abogado pueda probarlo. Estoy cansado de repetir siempre lo mismo. Así que me agradecería que me dejaran en paz.

—¡Encima se insolenta! —protestó el fiscal.

El juez reconvino al acusado mientras Leduc regresaba junto a su prometida para decir:

—Lo siento. El comisario me espera. Te veré esta tarde.

—¡Espera, voy contigo! Quiero decirte algo.

—Cariño, luego. Ahora no puedo acompañarte. Tengo que ir directamente a unas señas. Se ha cometido otro crimen. El viejo me espera.

Ella se resignó.

Sentía deseos de explicarle la verdad. El secreto que durante aquel tiempo había callado, pero no quería ocultarlo más. Sin embargo...

CAPÍTULO XI

La bomba estalló a la tarde, cuando el juicio parecía estar prácticamente concluido y ya sólo faltaba la oratoria final de fiscal y defensor.

Fue el letrado de Soterre, que anunció:

—Señoría... No hablé de ello antes, porque resultaba muy problemático dar con uno de los testigos que precisaba para dejar demostrado que mi cliente no es culpable del crimen que se le imputa. Ya insinué algo al principio de la vista, pero no podía extenderme en detalles. Ahora tengo a las personas que podrán probar que Claude Soterre no pudo cometer el crimen que se le imputa...

—¿Qué es esto? —Gruñó el fiscal—. Se está cometiendo una irregularidad. Los testigos ya han declarado.

—Yo no he presentado ninguno, querido colega —sonrió el abogado—. Dije que intentaría aportar los necesarios para demostrar que mi cliente no era culpable.

—Tenía la obligación de dar sus nombres y de hacerlos llamar cuando tenía la vez.

—Calma, calma, señores —recomendó el juez.

—Señoría —se excusó el defensor—, se trata de la vida de un hombre. A mi cliente van a pedirle su cabeza. No dudo que mi estimado colega cumple con su obligación queriendo librar a la sociedad de un terrible criminal... si es que lo fuera. No le reprocho que piense pedir la pena de muerte. Pero del mismo modo que él cumple con su deber, yo también he de cumplir con el mío y mal lo haría si dejara que condenaran a un inocente.

—Vaya directamente al asunto, abogado —pidió el juez.

—Tengo unos testigos que probarán que mi cliente entre las diez y media de la noche y poco más de las doce, en que fue detenido, estuvo en un lugar muy alejado del escenario del crimen.

El juez autorizó la aparición de los testigos.

El primero era un hombre.

Ocupó el lugar de los testigos y declaró conforme se le fue preguntando:

—Me llamo Jean Boyer. Edad: 44 años. Negocios varios.

Continuó contestando, para llegar a la parte importante:

—La noche del diez de noviembre me había citado con el señor Soterre, al que me extraña ver en el banquillo, puesto que puedo asegurar que dicha noche estuvimos hablando sobre algunos proyectos futuros desde las nueve en el restaurante América, lo que podrían atestiguar algunos camareros... Salimos del restaurante hacia las diez y cuarto y fuimos directamente a un *cabaret* llamado El Loro Azul. Dejé a mi cliente con una señorita alrededor de las once o poco más.

—¿Y por qué no declaró esto antes? —preguntó el fiscal.

—Soy un hombre de negocios. Viajo continuamente. Durante este tiempo he estado en muchos países. ¿Es necesario que lo pruebe?

El testigo parecía molesto, pero el fiscal no podía disimular su mal humor.

—Parece ser que, a pesar de la vida agitada que pretende hacernos creer que lleva usted, recuerda con extraordinaria precisión la hora exacta que permaneció con el acusado en la noche de autos. ¿Es un alarde de memoria o le han aleccionado?

—¡Protesto! —exclamó el defensor—. Es un testigo y no un acusado. Yo me limité a intentar localizarle. Nada más.

—¿No tiene nada más que preguntar? —preguntó el juez al ministerio público.

—Sí. ¿Cuál es la índole de los negocios que le unen con un expresidiario?

Al testigo le molestó la pregunta y replicó secamente:

—No tengo por qué contestar preguntas que más bien parecen dirigidas para insultar. ¿O acaso estoy obligado, señoría?

El juez tomó a su cargo las preguntas, conforme le autorizaba la ley:

—Diga, señor... Boyer. ¿Hace tiempo que conoce al acusado?

—No, señor.

—Concrete.

—Le conocí poco después que saliera de la cárcel. Él me lo dijo.

—¿Venía recomendado de alguien?

—Pedía un socio con cierta experiencia para un asunto que no viene al caso y se presentó él. Desde un principio no quiso que existieran dudas y para que yo no pudiera enterarme luego y recelara, me explicó que le habían condenado, que estaba dispuesto a rehacer su vida y a vivir honradamente. Le creí, quise darle una oportunidad y le prometí que volveríamos a hablar del asunto. Nos vimos en otras dos o tres ocasiones incluida esa noche del diez de noviembre.

La explicación del testigo resultaba clara y concisa. Parecía persona seria y comedida. Vestía con elegancia y corrección, aunque no disimulaba un cierto engorro.

Contestó todavía más preguntas. No defendía a ultranza a Soterre. Se limitaba a mostrarse ecuánime, pero siempre insistiendo en que aquella noche estuvo con él.

Para reforzar su aseveración y a fin de que dos testigos consolidaran la circunstancia favorable que se presentaba a Soterre, pasó a declarar la muchacha de El Loro Azul.

La muchacha era... ¡Ivette!

Cuando el defensor le preguntó:

—¿A qué hora estuvo usted hablando con el señor Soterre la noche del diez de noviembre?

—Entre once y doce de la noche —replicó serenamente la joven.

—¿Vio cómo le detenían?

—No, porque había marchado poco antes. Me encontraba bastante mal. Tomé un taxi y me acosté. Me enteré al día siguiente.

Más adelante, el fiscal volvió a gruñir:

—¿Y esta testigo tampoco podía presentarla antes?

—¿Para qué, colega? Hubiera sido un testigo contra otro. Ahora tengo dos. Ambos afirman haber estado con el señor Soterre y también lo confirmarían los camareros del restaurante América, y hasta, si buscáramos, puede que encontráramos al chófer del taxi que les condujo hasta El Loro Azul, y de éste al lugar del crimen hay más de quince minutos. Aunque es obvio hablar de ellos porque mi cliente no se movió de allí para nada desde las diez y cuarto o diez y media hasta que le detuvieron.

La vista se suspendió hasta el día siguiente. El fiscal necesitaba

tiempo para ahondar en la personalidad de los dos testigos.

Aquella noche, cuando delante de la televisión Eva escuchó la noticia del nuevo giro que había tomado el juicio, saltó hacia el teléfono para llamar al domicilio de Ivette.

Por la mañana había pedido permiso para ir con su novio al Palacio de Justicia, pero por la tarde fue al trabajo como normalmente hacía, y apenas regresar acababa de enterarse de algo que no podía creer.

—¡Ivette! Soy Eva. Me dijiste que...

—Lo siento, Eva... No he podido avisarte. Me lo han dicho una hora antes de ir a declarar.

—¿Te lo han dicho? —recalcó Eva.

—Sí.

—¿Quién?

—El abogado de Soterre.

—¡Lo tenían planeado! —exclamó Eva.

—Seguramente.

—Claro... Sin ningún testigo en contra parecía más fácil que pudieran condenarle y de repente han dado la sorpresa... ¡Oh, Ivette! Esta mañana iba a contárselo a Marcel.

—No lo hagas.

—Lo siento, Ivette. Es como si le traicionara.

—¡No, Eva! —gritó Ivette desde el otro lado del hilo.

Su voz sonaba frenética y suplicante. Era el grito desgarrado de quien necesita ayuda.

Eva colgó.

Para sus adentros pensó:

«Marcel encontrará una solución... Es comprensivo y no hará nada que perjudique a Ivette».

CAPÍTULO XII

Marcel Leduc estaba en el despacho de su jefe.

La noticia estaba ya en el puesto de policía y Marcel murmuró:

—No puedo comprenderlo. Ivette Molinaux no tenía que declarar. No entiendo lo que ha ocurrido a última hora.

—Es bien sencillo —gruñó el comisario—. Han querido que mordiéramos el anzuelo.

—Aun así existe la pistola. El mismo Soterre no niega haberla comprado.

—Sin embargo, en todo esto, Leduc, hay algo extraño. ¿No se ha dado usted cuenta de ello?

—Creo que sé por dónde va, comisario... Parece como si Soterre no ocultara ninguna de las circunstancias que pudieran comprometerle.

—Exacto.

—La pistola. No se limita a comprarla, sino que además charla tranquilamente con el vendedor y parece que lo hace adrede para que el otro se fije en él y pueda identificarlo posteriormente.

—¿Y lo de El Loro Azul?

—También. Se planta en las narices de la hija del hombre al que acaba de asesinar y parece esperarnos placenteramente.

Tras una pausa añadió:

—Utiliza un coche robado. Uno más de los que desaparecen diariamente. Nunca supimos dónde lo abandonó, ni la marca, ni nada. Y allí tampoco había nadie para confirmarlo. Sólo un testigo, pero ahora tiene dos en contra... Me gustaría ver cuándo el fiscal vuelva a interrogarle si se mantiene firme.

El comisario, que hasta entonces había permanecido pensativo, replicó:

—Leduc, ¿está seguro de que Soterre es el asesino?

—Sí, señor. De no haberlo estado, no le habría entregado al juez.

—Sí, sí. Conozco su honradez, pero... cabe el error.

—Creo que no hay error, comisario... Es más, si por un momento hubiese existido la más leve duda, ahora se habría disipado. Esa forma de llevar el caso...

—El abogado es Ruskatt, ¿eh?

—Sí. Un picapleitos que hace años debieron de haber inhabilitado. Deshonra su profesión, pero ya se sabe, hasta en el mejor cesto de manzanas puede encontrarse una podrida. Ruskatt ha tenido suerte hasta ahora, pero es de los que me gustaría coger en algo sucio... —Y siguiendo con el tema añadió—: Temo que si Soterre se nos escapa ahora, ya no nos será posible volver a echarle el guante.

El comisario asintió.

—No. No es posible juzgar a la misma persona dos veces por idéntico delito. Si se le absuelve, quedará libre.

—Y tendremos que esperar a que asesine a otra persona para atraparlo... Me gustaría saber en qué he fallado.

—No se atormente, Leduc. He repasado la ficha de Soterre. No es la primera vez que sale absuelto por falta de pruebas, y la culpa no es de nadie.

—Debe de haber algún fallo, o algo que se me ha escapado —insistió el ayudante del comisario.

—Ahora el asunto ya no está en nuestras manos. Es la justicia quien debe decidir.

Tras otro silencio, Leduc murmuró:

—Tengo que llamar por teléfono. Discúlpeme, señor.

Salió del despacho del jefe para entrar en el suyo y quiso establecer contacto con Eva.

Marcó y tras aguardar unos segundos soltó:

—Eva... me dijiste que Ivette no iba a declarar...

Al otro lado del hilo sonó una voz muy parecida a la de su novia y replicó:

—Creo que se equivoca de número, señor.

—¿No eres Eva?

—No.

—Disculpe.

Colgó y volvió a marcar. No contestaron.

Insistió, pero el teléfono de Eva no contestaba, por la sencilla

razón de que la muchacha había cogido su 2 HP y desde su apartamento en la parte moderna se dirigía hacia el Quay des Orfèvres para explicar la verdad a su novio. Una verdad que muy pocos conocían y que tal vez pudiera ayudar a que condenasen al asesino.

CAPÍTULO XIII

Otra de las personas indignadas por las posibilidades que tenía Soterre de salir bien librado era la hija de la víctima.

Dora Nimieux, la hija del hombre asesinado, estaba en el baño de su coquetón apartamento.

También ella había acudido al juicio y desde que dejó la sala de la audiencia se había repetido una y mil veces que Soterre tenía que pagar su crimen.

«Tendrán que condenarte, Soterre... Tendrán que hacerlo, porque eres un asesino».

En los labios de la muchacha del *strep-tease* se dibujó una mueca de odio, de deseos de venganza.

Salíó del baño y se enrolló una toalla al cuerpo. Después se sentó frente al tocador y, tras frotarse suavemente la húmeda piel, se probó su nueva peluca.

Era un peinado de la época isabelina que en unión de unas lentillas de contacto le cambiaba por completo el rostro; unas pestañas postizas hacían el resto.

Ensayó unas poses con la ayuda de un disco, pero tuvo que dejarlo.

Imaginaba a su padre muerto en manos de Soterre Pensó en la guillotina.

«Tu cabeza caerá. Soterre... Caerá...», repitió, y continuó diciéndolo varias veces.

—Caerá, caerá...

Entretanto Eva, la novia del inspector, pisaba a fondo para correr todo lo que el enorme tráfico de la ciudad le permitía.

Se desvió por una calle lateral para cortar camino, pero al llegar a la siguiente se encontró con mayor embotellamiento todavía.

Giró a la izquierda en busca de otro lugar más idóneo. Pasó

rápidamente un estrecho callejón y tornó a doblar.

Sacaba el máximo rendimiento del utilitario 2 HP.

Iba ya por una de las avenidas elevadas y cortó para adentrarse en la ciudad.

Tenía vía libre y corría a toda velocidad.

Sentía esa imperiosa necesidad de librarse cuanto antes del secreto que durante tanto tiempo le había pesado como una carga material.

Llegó a la otra esquina en el momento en que el semáforo cambiaba. Le daba tiempo de frenar y pulsó el pedal, pero el auto continuó la marcha.

Intentó frenar de nuevo, pero patinó.

Algo fallaba.

Los coches que salían de la calle transversal habían arrancado ya. Se le echaban encima.

Giró hacia la derecha y volvió a pisar hasta el fondo.

Nuevo patinazo.

Eva perdió el control. Se asustó.

Fue solo una fracción de segundo, pero al volver a girar el volante se encontró de lleno con un autobús que marchaba en dirección opuesta.

El otro vehículo intentó desviarse, evitar el encontronazo, pero fue inútil.

El choque paralizó la circulación.

El utilitario de Eva dio dos vueltas de campana, para quedar con las ruedas al aire sobre la acera.

Enseguida surgieron unas voces:

—¡Sáquenla de ahí, sáquenla de ahí!

Varias personas se apresuraron a auxiliar a la muchacha, que yacía con medio cuerpo fuera del coche y las manos formando una extraña uve.

Estaba inconsciente, con los ojos cerrados y sangre en el rostro.

Una mujer gritó.

—¡Iba como una loca! —dijo alguien.

No faltó quien sacó a relucir la cuestión de las conductoras femeninas:

—No deberían permitirles conducir.

—Un poco de piedad. Puede que esté muerta —adujo otra voz.

La sacaron del coche.

Ella ya no se daba cuenta de nada.

—Hay que llevarla enseguida a un hospital. Está muy débil y ha perdido mucha sangre.

La metieron en un coche, que desapareció rápidamente haciendo sonar el claxon para abrirse paso.

El que pudiera salvar su vida era tal vez cuestión de segundos; de muy escasos segundos.

Marcel permaneció a su lado todo el rato que sus obligaciones le dejaron.

Sí. Vivía, pero su salvación resultaba muy problemática y según el médico su inconsciencia podía durar varios días.

Así, al tercer día, ella seguía con los ojos cerrados, como si estuviera muerta, y Marcel pudo averiguar en la oficina del fiscal el resultado de las gestiones realizadas con miras a mantener la acusación contra Claude Soterre.

—El testigo de la defensa es un hombre sobre el que no recae ninguna sospecha. No está fichado ni ha estado mezclado en ningún asunto turbio. Por tanto, su testimonio hay que darlo como válido... En cuanto al de esa chica, ya queda apoyado por el otro, y mientras ambos aseguren que Soterre estaba con ellos en los momentos en que se cometía el asesinato...

—Comprendo —murmuró Marcel Leduc. La causa estaba completamente perdida. Una vez más aquel criminal se libraría por falta de pruebas.

Pero quedaba todavía el testigo de cargo, aquel insignificante hombrecillo llamado D'Angelo.

Prestó nueva declaración en la sesión final del alargado proceso.

—Lo... lo siento. Yo pude haberme confundido. Ahora ya no me parece tan seguro.

Aquella especie de duda acabó con las pocas posibilidades de conseguir la condena.

El fiscal replicó enérgicamente:

—Usted identificó a ese hombre en una fotografía, momentos después de haberle visto salir de la escalera en cuyo primer piso se cometió el crimen. Todos le hemos oído declarar, y constancia hay de ello que usted repitió hasta la saciedad que reconocería al

asesino en cualquier parte donde le encontrara.

—¡Protesto! Habla de mi cliente asegurando que es un asesino cuando se acaba de probar que... —El defensor no pudo concluir porque el fiscal saltó como un energúmeno.

—Está bien, está bien... No es un asesino. Es un angelito, pero escúcheme bien, señor

D'Angelo;

usted está bajo juramento y puedo hacerle detener por perjurio.

—Tal vez fue una coincidencia —se excusó

D'Angelo

—. En aquel momento yo creí que era él y por eso le señalé en la fotografía, pero ahora es diferente. Dos personas aseguran que estaba en otro sitio... No quisiera que por un error mío, a un hombre pudieran cortarle la cabeza.

Era inútil seguir.

Lo de la pistola carecía de valor. Mientras no pudiera probarse que fue Sotterre quien apretó el gatillo, no podía existir condena.

CAPÍTULO XIV

Claude Soterre fue absuelto por falta de pruebas.

—Es un asesino. ¡Es un asesino!

La exclamación la efectuó Eva dos días después de haber sido puesto en libertad Claude Soterre.

Al principio, los médicos creyeron que deliraba; luego cuando ella, más reposada y con la voz propia de quien acaba de hacer un tremendo esfuerzo, pidió ver a Marcel Leduc, los médicos advirtieron al policía:

—Parece que tiene algo importante que decirle, pero no la fatigue demasiado. Acaba de pasar por un trance de extrema gravedad. El pronóstico, aunque haya experimentado una ligera mejoría, no es todavía todo lo halagüeño que sería menester para poder albergar esperanzas más fundadas.

—¿Existe peligro todavía? —inquirió el policía.

—Desgraciadamente, sí —informó el médico.

—Tendré cuidado.

—Sólo un par de minutos —recomendó el médico cuando el comisario pasó a la habitación donde la muchacha yacía postrada, inmóvil, con casi todo el rostro vendado.

—Perdóname, Marcel, perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, querida...

—Sí, Marcel... Es referente al asesino.

—¿Al asesino? ¡Oh! No te fatigues ahora...

Él no podía comprender. No relacionaba a Soterre con su prometida.

Pensó que a lo mejor estaba bajo los efectos de algún calmante.

—No te esfuerces —repitió.

—Tengo que hablar contigo. Es importante.

—¿Te refieres a Soterre?

—Sí.

—Le absolvieron.

—¿Y no podrás detenerle otra vez?

—No, querida... Pero no hablemos ahora de esto; para mí, tú eres mucho más importante.

Ella se aclaró la voz.

A pesar de su gravedad y de la fatiga, necesitaba hablar, y se disponía a hacerlo.

El avión de la Air France tomó tierra en el aeropuerto de Marsella.

Del aparato entre otros pasajeros descendió Soterre al que acompañaba Jean Boyer, uno de los testigos al que debía su libertad.

Boyer, cuando estuvieron ya en un coche que tomó del aparcamiento y cuyo volante empuñó, dijo:

—Creo que ha sido una tontería realizar juntos este viaje.

—¿Por qué? —sonrió Soterre—. Soy un hombre libre. Me han absuelto.

—Si algún día descubren la verdad...

—¿Qué verdad? No pueden volver a acusarme de ese mismo crimen. Todo estaba bien planeado.

—No voy a preguntarte si eres o no culpable, Soterre, pero hay una verdad y ésta es que yo he mentido.

—Te convenía hacerlo.

—He mentido para salvar tu cuello. Había jurado decir la verdad y no lo hice. Eso es un delito. A mí sí pueden acusarme.

—Descuida. Estoy libre y tengo ciertas influencias... Me trincaron por culpa de aquel chivato del diablo: Nimieux. Ahora él está en el infierno, que es donde debe estar. Conmigo no hubiera tenido que quemarse las cejas echando cuentas.

—No me lo digas al menos... No me digas que eres de verdad un asesino —gruñó Boyer.

—Lo soy... —sonrió cínicamente el exacusado—. Y, sin embargo, tú que eres un hombre que pasa por honrado me necesitas... Yo huelo el dinero y digo cómo puede obtenerse... El malo soy yo. La cabeza de turco, pero vosotros vais tirando, sin desproveeros de vuestra capa de honradez... ¡Oh! Y no es que os lo reproche. Al contrario. Me conviene trabajar con gente así... No estáis fichados. Cuando hay jaleo podéis resultar excelentes

ayudas...

—Basta, Soterre —murmuró Boyer sin levantar la voz—. No haré más negocios contigo. No quiero ensuciarme las manos.

—Te has ensuciado hasta las narices —replicó Soterre.

—Yo no sabía...

—No me vengas con cuentos.

—Está bien. Nunca he hecho daño a nadie a sabiendas.

—Pero cuando te dije que si no declarabas que habías pasado la velada conmigo alguien cuidaría de mandar una carta a varios periódicos para que se investigara la legalidad de ciertos negocios, te apresuraste a venir.

—Tengo una familia y un hogar. Vivimos bien, es cierto, y cuesta renunciar, pero te lo repito, Soterre: no quiero deberte favores... Te dejaré donde quieras, nuestros tratos han terminado.

—¿Estás seguro? —sonrió el exacusado.

Continuaron en silencio.

Soterre se hizo conducir a un hotel del centro. Tenía una habitación pedida a su nombre.

Antes de despedirse, Jean Boyer le dijo:

—Te llamaré en cuanto te necesite.

—He dicho que...

—¡Ah, sí! Que no quieres saber nada más... Bueno, ya veremos, Boyer. Ya veremos.

Descargó el equipaje y poco después se instalaba en el hotel.

Apenas media hora después, y tras haber tomado una ducha, le llamaron por teléfono.

Alguien preguntaba por él. Se anunció como señor Tomasini.

—Está bien, hágalo subir —dijo Soterre de mal talante.

Evidentemente, le desagradaba aquella visita.

Cuando más tarde unos nudillos sonaron en la puerta, Soterre exclamó:

—Adelante. Está abierto.

En el umbral apareció un hombre cuya presencia en aquella habitación hubiera llenado de estupor a todos los que de un modo u otro tuvieron algo que ver en el caso ya concluso.

Era un hombrecillo de aspecto insignificante. Vestía un traje bastante usado y adornaba el labio superior con un bigotito.

—Pasa y cierra,

D'Angelo
—espetó Soterre.

CAPÍTULO XV

Sí. D'Angelo

no era más que otro cómplice de Claude Soterre.

—Eres un tipo fantástico —dijo satisfecho el recién llegado, frotándose las manos y buscando algo que beber.

—No debiste haber venido. Aunque nada pueden hacerme, tampoco es como para irlo programando a los cuatro vientos.

El pequeñajo espetó:

—He dado otro nombre. Además, esto es Marsella y no París.

—¿Y qué quieres?

—Que me des algo. Estoy sin blanca. Yo no viajo en aviones como tú. Vine en un mercancías de París a Niza primero, y no sé cuántas vueltas hemos dado.

—Ahora no tengo mucho, tendrás que arreglártelas como puedas... —Soterre buscó algo en su bolsillo y extrajo unos billetes —. Un par de cientos... —dijo, alargándole el dinero.

—Bueno, para ir vegetando unos días.

D'Angelo,

después de guardar el dinero, añadió:

—¡Nunca creí que el mejor modo de salvar a una persona era acusándola! Cuando me propusiste que te delatara, pensé que te habías vuelto loco.

—La cabeza sirve para algo más que para usar el sombrero,

D'Angelo

—replicó Claude Soterre, que continuaba dejando sobre la mesa las prendas que extraía de la maleta.

Pavoneándose de su ingenio añadió:

—Tarde o temprano me habrían buscado, y la policía siempre suele surgir en el momento menos oportuno... No podía estar pendiente de «ellos», ¿comprendes? La mejor ocasión era liquidar el asunto cuanto antes y así podía manejar los hilos a mi antojo y

terminar lo antes posible.

D'Angelo

sonrió como un estúpido.

El otro siguió alardeando:

—Cuando sabes que alguien te busca, intenta encontrarle tú primero. Así lucharás en tu propio terreno, que es el mejor modo de vencer al enemigo.

—Y tu enemigo es la policía, ¿eh?

—En este caso lo era. Por ello el mejor sistema era darles todas las facilidades desde el primer momento. Una vez montada la comedia, es cuestión de que los actores se muevan en el momento oportuno. El primer acto de la comedia es el crimen y la denuncia. Todo perfecto.

Encendió un pitillo y añadió:

—Después, sembrar la duda. El polizonte sabía que cierta chica de El Loro Azul estaba dispuesta a declarar que yo había estado con ella y yo negaba rotundamente haber estado siquiera cerca de la calle donde vivía Albert Nimieux...

Otra pausa en su comentario para echar un par de chupadas a su pitillo y arrojar al aire el azulado humo.

Continuó:

—El polizonte pensaba que era lógico que yo me defendiera como gato panza arriba. Hasta que de repente y por conducto de mi abogado digo a mi testigo que no tiene por qué declarar... Naturalmente, esto llega a oídos del teniente y piensa que el único obstáculo está eliminado. Y así llega el tercer acto, que es el juicio. En el momento oportuno surgen los testigos. Dos que aseguran que a la misma hora yo estaba en otro sitio. Dan pelos y señales y por fin aparece nuevamente el de cargo, en este caso tú, y empiezas a dudar... Se ha montado un juicio para nada. No se puede condenar a alguien con tantas dudas, y viene lo inevitable: la absolución.

—Pero...

—No hay peros,

D'Angelo.

Ya no pueden volverme a sentar por el mismo crimen. Ahora es cuando estoy verdaderamente libre. No tengo que esperar a que me cojan... Y difícilmente me pescarán en lo sucesivo. No... Se acabaron las salas de justicia, los banquillos, las celdas...

—Ten cuidado con ese golpe que preparas...

—No te preocupes.

—Cuentas conmigo, ¿eh?

—Claro, pero procura no volver por aquí. Ve a cualquier pensión y dame las señas.

—¿Cuándo será, Claude?

—Dentro de unos días, no te impacientes.

Y

D'Angelo,
el testigo de cargo, salió del hotel.

Cuando

D'Angelo
cruzó el vestíbulo, había gente en abundancia. Unos llegaban, otros dejaban el establecimiento, los había en el vestíbulo, en el salón contiguo, en recepción, en conserjería, en el bar.

El hombre menudo no se fijó que entre aquella gente había una muchacha «despeinada» a la moda.

Era, o parecía, joven y ocultaba sus opulentas formas con un vestido de punto sin líneas.

Zapatos de tacón bajo y calcetines disimulaban bastante la esbeltez de aquellas piernas femeninas, mientras que unas gafas de sol de cristales demasiado grandes para resultar elegantes tapaban sus ojos.

Aquella muchacha la noche anterior todavía había entusiasmado a los clientes de El Loro Azul con su número de *streak-tease*. Aquella mujer era la hija del hombre asesinado en París la noche del 10 de noviembre.

Sí. Era Dora Nimieux.

Vio salir a

D'Angelo
y le siguió con la mirada.

Se quitó las gafas oscuras y en su mirada se dibujó un rictus de dureza, mientras de sus labios brotaron unas palabras:

—¡Te cortarán el cuello, Soterre! ¡Te cortarán el cuello!... Y tú también pagarás, renacuajo —y al lanzar la segunda amenaza, se dirigía concretamente a

D'Angelo.

CAPÍTULO XVI

Un día después, en París...

Marcel había vuelto al hospital.

—Parece que ha mejorado algo —dijo el doctor al ser preguntado por el prometido de la muchacha.

—Ayer trató de decirme algo importante, pero no pudo, ni yo se lo permití, a fin de que no se esforzara, pero ella tiene mucho interés.

—Tenga cuidado —advirtió el médico.

El policía pasó al dormitorio de la muchacha.

Aparentemente seguía igual, pero su voz no mostraba la fatiga del día anterior.

—Marcel... Ayer no pude... No me dejaste. Es algo que me atormenta, Marcel. Pero tú sabrás comprender los motivos que me impulsaron a callar.

—No hables mucho —recomendó el joven.

Aquella vez, Eva pudo explicar toda la historia.

—Ivette es amiga mía. Nos conocemos desde Nantes, y nos volvimos a encontrar poco antes de ocurrir el asesinato. Tuvimos una gran alegría porque habíamos sido excelentes compañeras. No te lo conté porque no creí que eso para ti tuviera ninguna importancia. Además, últimamente nos veíamos muy poco.

Hizo una pausa para continuar:

—Ivette me dijo que necesitaba mucho dinero porque su madre está en un sanatorio y precisa de muchos cuidados. Pasamos casi una tarde hablando de ello. Me dijo que no le gustaba tener que alternar en El Loro Azul, pero que con lo que le daban y el tanto por ciento conseguía reunir bastante aunque no todo lo que ella necesitaba. Le prometí ayudarla, y buscarle algo, pero no es tan fácil... Bueno... En realidad todo esto carece de importancia para ti.

—Creo que empiezo a comprender... Soterre la sobornó para

que declarara.

—No, Marcel. No mintió por dinero.

—Entonces...

—Yo no sé cómo Soterre se enteró. Ella tampoco lo recuerda, pero piensa que alguna debió contarle la historia de su madre, su estado en el sanatorio. En fin, la cuestión es que la noche del crimen Soterre llegó a El Loro Azul e invitó a mi amiga. Enseguida le dijo que si le preguntaban dijera que había estado todo el rato con él.

Marcel Leduc dejó que su prometida, tras una breve pausa, continuara:

—Naturalmente al principio ella se negó, pero Soterre le dijo que si mentía, explicaría a su madre la clase de vida que llevaba en París... —Hizo una transición para añadir seguidamente—: No es que ella tenga que avergonzarse de nada, pero compréndelo... Su madre está enferma y tiene bastantes años. En Nantes hacían otra clase de vida... Es lo que Ivette me dijo: «Si yo pudiera decírselo, lo comprendería o no, pero sería distinto; pero lo oiré por un conducto extraño, en una carta que Soterre me mostró y que aseguró llegaría a poder de mamá si yo no, declaraba en el juicio lo que él quería».

—No sigas —cortó el inspector.

Eva añadió:

—Ella hace todo esto por su madre... Depende de cómo hubiera interpretado la carta, podía ser fatal para ella. Intenta comprenderlo.

—Debiste habérmelo dicho —murmuró el policía sin el menor reproche en su tono.

—Sí. Quería hacerlo... Pero temía. Tú ante todo te debes a tu obligación, y por encima de un criminal, para Ivette estaba la salud de su madre.

—La amenaza era tonta. Se hubiera podido impedir que la carta llegara a manos de la madre de esa muchacha.

—Es lo que ella pensó, pero Soterre le dijo que la carta le llegaría por «cualquier conducto». Lo mismo podía ser el correo que un amigo, que Dios sabe cómo. Era un chantaje en toda regla...

—Bien... De todos modos, tal vez no habría servido de mucho... Soterre contaba con otro falso testigo con visos de honorabilidad... No se suele condenar a la gente cuando quedan dudas... Lo cierto es que se ha salido con la suya.

—¿Te has enojado conmigo? —inquirió ella con un hilo de voz.

—Aunque quisiera no podría. Hiciste mal, en efecto, porque una solución la hubiera encontrado, pero ya está... En este asunto desgraciadamente ya nada podemos hacer.

Pero Dora, la hija de la víctima, no pensaba igual. Ella habíase jurado interiormente que el asesino de su padre tenía que morir.

Soñaba con la guillotina y veía cómo la cabeza de Soterre era seccionada por la cuchilla.

Veía la sangre del criminal, y su cabeza en la cesta del verdugo con los ojos parpadeando todavía.

Veía...

Sus pensamientos se interrumpieron cuando el gendarme le anunció que ya podía pasar al despacho del inspector Leduc.

Cuando se hubo acomodado, expuso el motivo de su visita.

—Acabo de regresar de Marsella.

D'Angelo

y Soterre son amigos. ¿Quiere una burla mayor, inspector?

—Los informes me están llegando demasiado tarde... Podemos detener a

D'Angelo,

a Ivette Molinaux y a Jean Boyer seguramente. Todos por perjurio, pero la causa contra Soterre ha concluido.

—¿Y tiene que esperar a que cometa otro crimen para poderle detener, inspector?

Leduc guardó silencio.

—Está bien, inspector, si usted no me ayuda, lo haré yo sola, pero estoy decidida a que el asesino de mi padre sea castigado.

—No haga tonterías, señorita Nimieux. Le prometo estudiar todo el expediente de Soterre. Ha cometido otras fechorías que han quedado impunes. Tiene crímenes en su haber que igualmente no han podido serle probados. Quizá haya algún sitio por dónde cogerle, algún cabo suelto.

—Necesitará usted meses, tal vez años... No. No puedo esperar tanto, inspector. A él le bastó un segundo para apretar el gatillo y matar a papá... No tiene derecho a seguir viviendo... Y yo me encargaré de que la justicia le llegue cuanto antes.

—Le repito que tenga cuidado —advirtió el policía.

Dora se había erguido, inflando el pecho, con la altivez de una

reina abandonó el despacho del inspector.

CAPÍTULO XVII

Transcurrieron tres semanas.

Comenzaba el verano y Niza se poblaba de turistas. En la capital de la Costa Azul, Soterre era un veraneante más. Había alquilado una villa y aquella tarde celebraba una reunión con otras tres personas. Una de ellas era

D'Angelo.

Los otros dos, jóvenes, de aspecto y vestimentas deportivas, parecían igualmente dos turistas más.

—El asunto —dijo Soterre— será exactamente dentro de dos semanas.

D'Angelo

conducirá la furgoneta. Llevará el uniforme de la floristería y entrará por la puerta de servicio. Dentro de la furgoneta iréis vosotros dos. Llevaréis los monos azules y las gafas ahumadas. Ahora mirad el plano.

Echaron una ojeada al bien perfilado dibujo que Soterre exhibía sobre la mesa.

—El recorrido a seguir es muy breve. Seguramente la dirección del local no ha previsto esa posibilidad, pero ved que entrando por esta puerta se llega fácilmente al despacho... A las once en punto, el director y dos empleados hacen el recuento del dinero del restaurante, el ingresado en el bar hasta entonces y el de las ruletas, porque media hora más tarde es depositado en la caja fuerte del banco.

Tras una pausa añadió:

—El trabajo tiene que ser realizado entre once y once y cuarto, porque a esa hora suele llegar la pareja de policías que luego acompañan al que lleva el dinero a la caja del banco.

—¿Y por qué tenemos que esperar tanto? —preguntó D'Angelo.

—He necesitado dos semanas para saber cómo funciona todo esto. No es tan fácil como pensáis. Hay que comprobar día por día, para asegurarse de que se sigue una rutina. Así he podido saber que la hora sólo tiene variación de minutos, pero nunca son más de las once y dos minutos cuando se ha depositado la última caja de dinero en el despacho de la dirección. Y también he sabido que una vez por mes... El día elegido, precisamente, la recaudación casi se duplica. La explicación es bastante sencilla. En ese día hay varias visitas turísticas y la llegada de un crucero italiano que tiene su escala en Niza todos los últimos viernes de mes. El aumento de visitantes del local se deja sentir en la caja y por eso los ingresos son superiores... ¡Y todo esto, amigos, no se puede saber en un solo día...! Yo no soy un profesional de los atracos, pero desafío al que pueda planearlo mejor y tenga una salida tan sumamente fácil...

D'Angelo,

tras algunas dudas, se apresuró a replicar:

—Bueno. Fácil...

—Es más que fácil.

—Pero antes tenemos que hacer algo, ¿no?

Soterre sonrió maliciosamente.

—Claro. Lo que vale hay que ganarlo. Luego, cuando tengáis el dinero en vuestras manos, os olvidaréis de los pequeños inconvenientes...

Un claxon sonó.

Los cuatro hombres reunidos en la terraza del chalet se volvieron y uno de los jóvenes explicó:

—Es la chica. La dejé en el coche.

—¿Qué chica? —exclamó Soterre.

—Una chica.

—¿Has traído una chica?

—Sí. Le dije que iba a visitar a un amigo y que esperara abajo. Debe haberse impacientado.

—Pudiste haberla subido. La hubiéramos dejado en el salón. No cuesta nada quedar bien.

—Sí, ha sido ella. Es una chica muy individual. No le gusta conocer a la gente. Prefiere la soledad. No ha querido subir.

—Bueno, ten cuidado, Frenchy. No hables demasiado. Con las mujeres hay que andarse prevenido.

—Con ésta no, jefe... No le interesa nada ni se preocupa por nadie. Creo que aunque le dijera claramente que iba a cometer un atraco, la dejaría indiferente.

—Algo tendrá para que vayas con ella, ¿no? —bromeó el otro.

Rieron todos. Soterre dio la reunión por despedida y el llamado Frenchy anunció que iba a reunirse con la morena que le esperaba en el auto.

Instantes después estaba junto a la puerta del lujoso descapotable blanco. Cómodo y llamativo.

La mujer que estaba sentada en la parte de delante, al lado contrario del sitio del conductor, era en realidad hermosa y bien formada.

Tenía ojos castaños y larga melena morena, vestía un pantalón deportivo y blusa.

—¡Cuánto tiempo! —dijo en son de reproche sin dejar de masticar un chicle.

Frenchy sonrió.

Desde la terraza los otros tres les vieron marchar en el coche, pero ninguno de ellos pudo imaginar que aquella mujer no era amiga de Frenchy de un modo casual, porque aquella mujer, bajo unas lentillas de contacto y una larga melena morena, ocultaba el rictus de la venganza.

Aquella mujer era Dora Nimieux, conocida en el mundo artístico como Dora Morálva, aunque allí, en Niza, era simplemente una turista.

Pero una turista con ideas bien definidas.

Y Niza iba a convertirse en escenario de grandes acontecimientos porque una semana más tarde, seis exactamente después del accidente que sufriera Eva, el doctor manifestó a Marcel Leduc:

—Se ha recuperado más pronto de lo que era dado imaginar. No obstante, sería muy conveniente que tuviera una convalecencia adecuada. Si bien la cabeza, que era lo más importante, está curada, los músculos necesitan robustecerse. Le iría bien el sol y el yodo del mar.

Marcel consiguió unas breves vacaciones. Tres semanas que le sirvieron de excusa para convencer a su prometida.

—Tú necesitas reponerte y a mí me conviene descansar. Creo

que nos complementamos. Iremos a Niza.

Ella no dijo nada. Aceptó el viaje, pero sabía que además del deseo de Marcel de que ella sanara, no había elegido Niza por puro azar...

CAPÍTULO XVIII

Eva andaba apoyada de un bastón. En la pierna le había quedado una pequeña cicatriz entre rodilla y muslo que la corta falda no podía ocultar.

Estaba sentada en compañía del policía en la terraza de un bar cuando de un taxi se apeó el hombre.

Ambos le reconocieron enseguida. Era Claude Soterre.

Él no les vio. Fue directamente al bar vecino y pasó al interior. Tras él iba una muchacha de aspecto moderno, con largas melenas y tez morena.

—Disculpa —dijo el policía.

Eva sonrió. Sabía que Marcel había estado esperando aquel encuentro.

—No tardaré —añadió él.

Ella sabía también que cuando un policía dice «No tardaré», lo mismo puede significar: «Hasta que pueda volver».

Marcel no estaba de servicio, pero se sentía policía las veinticuatro horas del día.

Pasó al bar contiguo y, después de asegurarse de que Soterre no estaba cerca, entró al interior.

Tenía aire acondicionado y en la parte posterior, después de la barra y del saloncito, había una línea de mesas separadas por mamparas de madera y protegidas con pequeñas cortinas. Eran semireservados donde la gente podía charlar cómodamente sin ser vistos.

De allí procedían varios murmullos. Eran los que hablaban a media voz.

Marcel pidió algo de beber y buscó sitio en uno de aquellos reservados.

Aguzó el oído cuando el camarero se hubo alejado para captar las voces. Quería encontrar la del exacusado.

Al fin dio con ella y pensó que estaba unos dos reservados más allá.

Se aproximó y vio que el que estaba próximo a Soterre no había nadie.

Se trasladó allí, y a través de la mampara de madera procuró escuchar la conversación que Soterre sostenía con su acompañante.

—No es que me guste quitarle la novia a los amigos... —Estaba diciendo Soterre en aquellos instantes, dirigiéndose a la mujer que estaba con él a su lado.

Siguió:

—... Pero Frenchy me ha dicho que erais sólo buenos camaradas, y que tú tenías el carácter independiente.

—¿Y qué? —preguntó ella con desparpajo.

—Bueno, pues... que puedes seguir siendo buena camarada de Frenchy y practicar conmigo el amor como deben hacerlo un hombre y una mujer.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué dices?

—¡Que prefiero a Frenchy!

—Creo que estás un poco nerviosa, nenita.

—¿Yo? ¡Bah! No tengo motivos para estarlo.

Se hizo un silencio. Luego sonó de nuevo la voz de Soterre:

—¿Te ha contado algo Frenchy sobre... «nuestros negocios»?

—Me dijo que tendríais pronto mucho dinero... ¿Pensáis robar a alguien? No es que me importe, claro, pero prefiero mantenerme al margen. Estas cosas siempre acaban mal.

Hablaba con desparpajo, pero mostrando un absoluto desinterés.

Fingía la voz en un alarde de interpretación. Soterre no se daba cuenta de que aquella mujer era su peor enemigo.

Desde el reservado contiguo, Marcel Leduc había podido escuchar perfectamente toda la conversación, pero en principio tampoco supuso que la compañera de Soterre era la hija del hombre asesinado por el propio Soterre.

—Creo que están planeando algún golpe. Es necesario que conozca más detalles —informó Marcel a su prometida.

—¿Te vas?

—Antes te acompañaré a la terraza. Quiero estar preparado para cuando Soterre salga del bar. Le seguiré. Necesito saber dónde tiene

su guarida, y cuántos son.

—No te preocupes por mí.

—Vamos. Creo que hay tiempo.

Pasaron al interior. En la parte superior estaban las habitaciones del hotel.

El ascensor les dejó en la primera planta, y una vez en la habitación que ocupaba Eva, el inspector le preparó una tumbona para que pudiera descansar.

—Intentaré volver pronto —prometió él.

Ella le obsequió con una sonrisa.

Antes de abandonar el cuarto, Marcel la besó.

—¿Sabes una cosa? Me gustaría que éste fuera nuestro viaje de bodas...

—¡Oh!

—Eva... casémonos.

—No tienes ni tiempo para eso —sonrió ella comprensiva.

—Sí, lo tendré. Casémonos. Entretanto, te repondrás. Nos quedan muchos días de vacaciones.

—Esas cosas hay que decidir las con más tiempo, ¿no crees?

—Oh, Eva, tú no eres de esas chicas con prejuicios... Si te gusta casarte de blanco, compraremos el vestido aquí mismo y...

—Anda, Marcel. Se te escapará ese asesino.

—Sí. Tienes razón —asintió él, y la besó en las mejillas para marcharse definitivamente.

Cuando salió a la calle, vio que Soterre y la chica salían del interior del bar y se apostó entre unos setos del paseo. El tronco de un árbol le protegió.

Soterre detuvo un taxi y el policía llamó a otro.

Cuando subió al vehículo un hombrecillo insignificante, con pantalón *beige* claro y camisa floreada, se fijó en el agente. Era D'Angelo.

CAPÍTULO XIX

—Era el polizonte. Le vi. Y te digo que os seguía —exclamó D'Angelo.

Con el pequeñajo estaban también los otros dos.

—¿Para eso nos has llamado con tanta urgencia? —replicó Soterre, mirando a la muchacha que fingía no escuchar nada, mientras acodada a la terraza miraba las luces de la bahía.

—Bueno... Te seguía. Yo pensé que te gustaría saberlo. Ése está aquí por nosotros. Debe haberse enterado... Y no me gusta, Claude. De veras que no me gusta que me sigan.

—Estamos en un país libre, amigo mío. El polizonte puede hacer lo que quiera. Nosotros también. No tiene ningún derecho a molestarnos.

—Pero puede desbaratarnos los planes para lo del próximo viernes.

—Cuando llegue el momento, sabremos despistarle. Antes tienen que ocurrir más cosas, ¿verdad?

Los demás guardaron silencio.

Los jóvenes dijeron que si no había más que discutir preferían ir a divertirse.

Frenchy se acercó a la joven.

—¿Nos vamos?

Ella asintió.

Siempre con su pose indiferente, se colgó del brazo de Frenchy y se alejó.

—Esa mujer me recuerda a alguien —dijo D'Angelo

—. ¿Es de fiar?

—No se mete en nada ni hace preguntas. ¿Qué más quieres? —replicó Soterre.

D'Angelo

paseó nervioso.

—¿Qué diablos te pasa?

—No me gusta que Marcel Leduc ande por aquí. De veras.

—Entonces hay un medio... Cuídate de eliminarlo.

—¿Eh?

—Asombran la cantidad de accidentes que ocurren cada día en las playas y en las carreteras. Leduc no está inmune a ellos.

—¡Oh, no! Búscate a otro.

—Tienes miedo, ¿eh? Olvida al inspector. Te aseguro que no tendrá la menor prueba de que tengamos nada que ver con lo que ocurra el sábado de la próxima semana. Sabes que todo está perfectamente calculado.

D'Angelo

no parecía demasiado convencido.

Se asomó a la terraza.

La muchacha y Frenchy montaban en el descapotable.

Los vio perderse en dirección a las luces de la bahía.

También Soterre, incorporándose, vio el automóvil y murmuró:

—Lástima de chica para un hombre como Frenchy. Es demasiado joven para saber saborear una mujer como ésa... —Y repitió—: No pregunta ni molesta.

Pero en lo de no preguntar Soterre se equivocaba, porque en aquellos instantes y contra lo que era —o parecía— habitual en ella, la mujer murmuró:

—¿Qué ha planeado exactamente vuestro jefe? No me refiero al robo que pensáis dar, sino... a todo el plan en general.

—¿Te interesa al fin?

—Psé... Os cogerán.

—Eres muy optimista. ¿Te alegraría?

Ella se encogió de hombros.

—¿No te intereso en absoluto?

—Me gustas, sí.

—Eres bien extraña, en verdad.

—Vosotros también sois extraños. ¿Para qué queréis tanto dinero?

—Para vivir.

—Ya. Y mientras no os sacudís los nervios... ¿cómo pensáis huir? No contéis conmigo, desde luego. Yo no pienso acompañaros.

—Soterre ha pensado en otra cosa.

—Por más que se piense, hay algo que siempre falla.

—No. Porque no suelen buscar a los muertos.

—No te entiendo...

Frenchy vaciló un momento.

—Mira, nena. Es un secreto, pero... tú eres discreta, ¿verdad?

—Si no quieres hablar, no lo hagas. Luego, si algo sale mal, no vayas a decir que yo tengo la culpa.

Ella volvía a su papel de absoluta indiferencia.

—Bueno... Hay algo un poco desagradable en todo esto, pero el botín vale la pena.

—¿Qué es lo que es desagradable para ti? —preguntó Dora bajo su disfraz.

—Cada uno de nosotros, excepto Soterre, tiene que... que liquidar a un tipo, más o menos de la misma estatura... Como cometeremos el atraco con uniformes y monos y utilizaremos gafas negras, será muy difícil que nos puedan identificar exactamente... Así que cuando vayamos al sitio, nos llevaremos los tres cadáveres y...

Vaciló un momento antes de proseguir, como si le repugnara la idea de tener que intervenir en todo aquello, o tal vez de explicarlo de antemano.

Ella escuchaba sin pestañear.

—Termina de una vez, ahora que ya has empezado —dijo la mujer.

—Bueno... Si nos persiguen intentaremos cobrar ventaja y entonces en cualquier acantilado despeñaremos la furgoneta... Cuando la encuentren, hallarán también los tres cadáveres con los rostros desfigurados y llevando ropas iguales a las que habremos usado para dar el golpe.

—¿Y creerán que habéis muerto?

—Eso es lo que esperamos.

—¿Y el dinero?

—El dinero estará en casa de Soterre. Se lo echaremos al pasar. Todo está perfectamente calculado.

Habían llegado ya a la ciudad y Frenchy buscó un lugar donde aparcar el descapotable.

—¿Ya has elegido al hombre que vas a matar? —preguntó ella

como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

—No hablemos de esto —repuso Frenchy—. Vamos a bailar.

—¿Ahora?

—Sí. Es temprano.

—Tengo sueño.

—¡No fastidies!

—Lo siento. Nos veremos mañana. Adiós —y sin más explicaciones la muchacha echó por el callejón más próximo. Su hotel estaba en una calle paralela al paseo de los Ingleses.

Frenchy quedó como un poste cerca del auto, al fin se encogió de hombros y volvió al coche, que puso en marcha.

D'Angelo

llegó poco después y se metió en el callejón para dirigirse al mismo hotel donde se hospedaba Dora, la hija del hombre asesinado que una vez en su habitación procedía a quitarse la peluca de largos cabellos negros.

Quitóse también las lentillas de contacto y se quedó mirando al espejo.

En su rostro había una actitud de triunfo. No la habían descubierto y, sin embargo, ella sabía mucho de aquellos tipos.

Miró unos instantes la peluca y volvió a colocársela.

Sin las lentillas, que cambiaban el color de sus ojos, le habría resultado más difícil engañarlos.

Mientras permanecía ante el espejo no advirtió cómo el hombrecillo se descolgaba por el balcón.

El hotel tenía únicamente dos pisos y ella ocupaba la segunda planta elevada.

D'Angelo

pudo entrar perfectamente por la azotea y se dejó caer.

Con ojos sorprendidos y asustados descubrió la personalidad de aquella muchacha que todos tomaban por una chica «muy de la época».

El hombrecillo insignificante acababa de descubrir un secreto que tal vez iba a poner en peligro la vida de Dora.

Sin embargo...

CAPÍTULO XX

A través del espejo, Dora pudo ver fugazmente la silueta del hombre.

D'Angelo

trató de apartarse, pero ya era demasiado tarde.

Ella se levantó y fue hacia su bolso.

Lo abrió. Dentro guardaba un revólver del calibre 22.

D'Angelo

se apresuró a trepar para huir nuevamente por la azotea.

Dora, sin medir el peligro, salió tras él.

Su pantalón largo le daba una absoluta elasticidad de movimientos.

D'Angelo

le tomó alguna ventaja al llegar a la azotea. Echó a correr hasta el edificio vecino, para alejarse de su perseguidora.

Dora seguía con el revólver en la mano. Intentaba detener al fugitivo. Ahora ya sabía demasiado.

D'Angelo

saltó al edificio vecino, que constaba de una sola planta.

Dora continuó detrás.

El fugitivo corrió hacia la parte trasera para alcanzar la calle, pero abajo había dos gendarmes y optó por continuar hasta la otra casa. Una escalera exterior le ayudó a subir a lo alto.

Dora, incansable, continuó detrás de él.

D'Angelo

jadeaba mientras subía peldaño a peldaño aquella escalera de emergencia.

Llegó a la quinta planta, y allí ya no había lugar para poder pasar a otro lado.

Se acercó a la puerta de la escalera, pero estaba cerrada. Golpeó para derribarla, pero la puerta no cedió. Por otra parte, tampoco

podía armar demasiado ruido a fin de no alarmar a los inquilinos.

Se asomó y vio que la altura hasta la calle era considerable.

Volvió hacia la escalera exterior y vio que Dora estaba casi llegando.

Optó por apostarse detrás de la pared que formaba una de las dos chimeneas que emergían de la azotea.

Ella saltó la barandilla y oteó un momento.

No podía ver a

D'Angelo,

pero él acechaba.

La muchacha avanzó, acercándose a la pared tras la cual se parapetaba su perseguido.

D'Angelo

se preparó para atacar.

La muchacha dio un paso más y las manos del hombrecillo la sujetaron por el cuello por la parte de atrás.

Dora se debatió para liberarse de la presa de su agresor.

La pelea era bastante equilibrada, pues Dora tenía mayor envergadura que

D'Angelo,

cuyo principal objetivo era arrebatarse la pistola a la joven.

La lucha continuó. Ella durante unos instantes pudo zafarse del implacable acoso del hombrecillo.

D'Angelo

se abalanzó sobre la mujer y ella perdió el equilibrio.

Rodaron por el suelo.

Ella tenía el índice en el gatillo. El seguro estaba fuera y se escapó una bala.

D'Angelo

se asustó. El balazo habría sido oído perfectamente desde la calle.

Pensaba rápidamente en el modo de librarse de ella.

Dora, sin embargo, seguía sin soltar el arma.

La lucha continuó. Ella pudo coger una ligera ventaja al quedar montada sobre el hombre, pero

D'Angelo

le soltó un rodillazo al muslo y la mujer perdió terreno.

El hombre le sujetó ahora con más fiereza el brazo y se lo retorció cuando ella estaba ya en cuclillas para levantarse.

D'Angelo

consiguió que soltara el arma, y cuando ella se inclinó para recuperarla, él le soltó una patada y la alejó hasta el borde de la barandilla.

Corrió hacia allá la muchacha y

D'Angelo

se lanzó contra ella.

Volvieron a luchar en el borde mismo.

El hombre jadeaba, y ella en cambio parecía conservar toda su vitalidad, como si la lucha la hubiera estimulado.

D'Angelo

quedó un momento apoyado en la barandilla y ella arremetió.

El hombre pudo apartarse. Dora perdió el equilibrio y él la empujó.

Aquella barandilla era muy baja, peligrosamente baja.

Dora intentó sujetarse a algo, pero cuando quiso hacerlo sus manos se agitaban en el vacío.

Trató de aferrarse a la cornisa que salía sólo unos pocos centímetros, pero sus dedos resbalaron.

Y el peso de aquel cuerpo tantas veces admirado en El Loro Azul se precipitó al vacío.

Dora lanzó un grito prolongado.

Fue un grito breve que enmudeció cuando su cuerpo chocó contra el pavimento de la calle.

La mujer quedó inmóvil, reventada, con la cabeza sangrando sobre el asfalto.

D'Angelo

tomó el revólver.

Por la escalera se oían voces y ruido de pisadas. Por una de las calles corrían dos gendarmes.

Todo había ocurrido en unos segundos, pero para

D'Angelo

empezaba una nueva complicación. La de huir.

Utilizó la escalera exterior y bajó rápidamente cuando en la calle aumentaba el murmullo de voces.

Cuando los primeros vecinos llegaron al terrado,

D'Angelo

estaba ya próximo a la calle.

Pudieron ver su silueta.

Gritaron.

—Se escapa. Es un hombre...

La oscuridad engulló al fugitivo.

Le buscaron, pero

D'Angelo

alcanzó el paseo. La bahía estaba bastante animada todavía. Él era sólo un paseante más.

Tomó un taxi y se hizo conducir al domicilio de Soterre.

CAPÍTULO XXI

El inspector Marcel Leduc examinó el cadáver de la muchacha, que estaba en el depósito.

Miró a su colega y murmuró:

—Sí. Es ella. La hija de Albert Nimieux, asesinado el diez de noviembre del año pasado... Y el asesino está en Niza.

—¿Quiere decir que ha podido tener algo que ver con la caída de la muchacha?

—Será mejor que le hagan la autopsia. Quizá revele algo...

El policía de Niza, tras un silencio, adujo:

—¿Qué podía estar haciendo esa mujer en aquel terrado?

—Eso es lo que yo tampoco me explico.

El de Niza siguió informando:

—Su hotel está en la otra calle. Bastante cerca... Hemos interrogado a los vecinos de la casa de donde cayó. Dicen que oyeron un disparo, y en esto también concuerdan la pareja de gendarmes que hacían la ronda por el sector, pero no hemos hallado ningún revólver.

—¿No vieron nada más los vecinos? —preguntó Leduc.

—A un hombre correr.

—¿Cómo era?

—No pudieron describirlo. Bajó por la escalera exterior y se perdió en la oscuridad.

—Haga una visita a ese Soterre. No creo que consiga nada, pero quizá saque alguna conclusión... Y si puedo ayudarle, cuente conmigo... Me gustaría poder cazar a Soterre.

—Lo comprendo.

Marcel regresó al coche. Eva le esperaba.

—¿Era Dora Nimieux? —preguntó.

—Sí. Usaba de sus pelucas y sus lentillas para disfrazarse... Dijo que estaba dispuesta a atrapar a Soterre. No sé qué se proponía

exactamente... pero le salió mal.

Regresaron en silencio.

El día era soleado e invitaba a ir a la playa. Eva necesitaba buenos baños de sol y el salobre del mar.

El policía aparcó el automóvil cerca de una de las playas y poco después los dos estaban en sendas tumbonas frente al mar.

De pronto, él pareció haber tenido una idea.

—Me gustaría ver su equipaje. Preguntaré a mi colega si han encontrado algo que juzguen importante, y luego iré a echar un vistazo.

Dejó a su prometida y se cambió rápidamente de ropa para ir hasta el puesto de policía.

El inspector encargado de esclarecer el asunto estaba malhumorado. En aquel momento regresaba de la villa de Soterre.

—Dijo que estuvo en el casino jugando... Y lo malo es que es verdad. He hecho algunas preguntas entre los empleados y le recuerdan perfectamente.

—Soterre no está solo y si ha alquilado esa villa es porque están planeando algo. Dora Nimieux pudo haberlo descubierto y por este motivo la despeñaron...

—Tengo los resultados de la autopsia —murmuró el inspector de Niza, cambiando ligeramente el tema.

—¿Qué dice? —quiso saber Marcel.

—Hubo lucha. Tiene señales de golpes recibidos, en la espalda, en un pómulo, y en el muslo derecho.

—Debieron descubrirla, no cabe duda. La peluca y los lentes de contacto le sirvieron para engañarles, pero de un modo u otro debieron averiguar quién era y la hicieron desaparecer.

—Ahora sólo falta encontrar al culpable.

—Lo hallará entre la gente de Soterre.

—Vigilaremos la casa —prometió el de Niza.

—A propósito... ¿Puedo echar un vistazo a las cosas de Dora?

—Están en el hotel.

—¿Hay alguien vigilando?

—No lo he creído conveniente. El equipaje que la difunta llevaba era muy breve. Tampoco tenía consigo nada de valor, y además, tratándose de un hotel, siempre le piden a uno que acelere. A nadie le gusta verse rodeado de la policía.

—Bien, iré. Tal vez encuentre algo que me dé una idea. En estos momentos que me maten si sé lo que busco, pero a veces un pequeño detalle...

—Vaya, Leduc —le autorizó el inspector de Niza.

El joven policía se dirigió hacia su coche, al que subió para dirigirse de inmediato al hotel donde hasta el día anterior se había cobijado Dora.

Apenas introdujo la llave en la cerradura, tuvo el presentimiento de que dentro había alguien.

Se apresuró a abrir y llegó a tiempo de ver la silueta que ascendía desde el balcón hacia el terrado.

En vez de seguirle por el mismo sitio, optó por dirigirse a través del corredor hasta la puerta que anunciaba: «Terrado».

Subió precipitadamente la escalera y abrió la puerta de la azotea.

Durante un momento pudo ver al pequeño
D'Angelo

asomar por la cornisa procedente de la habitación de la joven. Al ver al policía, saltó de nuevo hacia el balcón para huir pasando por la habitación de Dora.

Marcel le siguió utilizando de nuevo la escalera interior.

D'Angelo

había alcanzado el rellano y descendía a velocidad de alma que lleva el diablo.

Ahora el hombrecillo sabía que si le cogían tenían una buena excusa para asarlo a preguntas, acusándole entre otras cosas de permanecer en una habitación de un hotel donde ni siquiera se hospedaba.

El policía aceleró la marcha.

D'Angelo

alcanzó la calle y siguió la frenética marcha.

Atropellaba a la gente a su paso, se escurría como una liebre perseguida por un galgo, haciendo quiebros, intentando desorientar a su seguidor.

Tomó un callejón y, al volverse, vio con respiro que Marcel ya no estaba detrás suyo.

Pero apenas llegó a la esquina inmediata, el policía le surgió de improviso.

D'Angelo

quiso alejarse de nuevo poniendo pies en polvorosa, pero Marcel, en un alarde de destreza, le alcanzó.

El impulso de la caída derribó al pequeñajo. Marcel le incorporó golpeándole en el rostro.

El fugitivo depuso su actitud agresora. Se sabía cogido y momentáneamente se resignó.

—¡Vamos! Ciertamente inspector quiere hacerte unas cuantas preguntas...

—Usted no tiene jurisdicción en Niza —protestó el preso para decir algo.

Marcel no hizo el menor comentario. Cuando el otro vio que la cosa iba más seria, incluso de lo que él mismo pensaba, optó por esperar el momento más idóneo, y empujando a Marcel echó a correr nuevamente.

Se perdió por entre la muchedumbre que se volvía al divisar aquella frenética carrera.

El pequeñajo seguía mostrándose escurridizo con el policía que le pisaba ya los talones.

De pronto,

D'Angelo

optó por cruzar el paseo.

Se dirigió hacia la calzada saltando un parterre. Calculó mal la distancia y cayó estrepitosamente.

Se incorporó para proseguir la alocada huida.

No advirtió la presencia cercana del camión que se le echaba materialmente encima.

Chirriaron las ruedas del vehículo. Quiso saltar

D'Angelo,

pero una de las enormes ruedas de aquella mole de quince toneladas lo aplastó.

D'Angelo

lanzó un chillido espantoso, inhumano...

Cuando el camión se retiró,

D'Angelo

era sólo un montón de carne machacada y sangre, mucha sangre.

Había pagado sus delitos, pero se llevaba a la tumba un secreto. El de los planes del inminente atraco que llevaba consigo el previo

asesinato de tres hombres...

CAPÍTULO XXII

Durante los días siguiente, Niza vivió el ambiente habitual de los veranos.

La policía hizo algunas averiguaciones para tratar de esclarecer la muerte de Dora Nimieux, pero no se llegó a ninguna conclusión.

Para evitar cualquier posible sospecha, Soterre envió a sus dos cómplices fuera hasta la misma noche del atraco.

—Lo haréis vosotros dos. Ahora no hay tiempo de buscar a otro hombre —le advirtió.

Los dos cómplices asintieron y Soterre continuó una apacible vida en la villa sin levantar la menor sospecha.

—Demasiada calma —murmuró el inspector Adannet, aquella mañana en la playa—. Sin embargo, no hay ningún indicio...

Marcel estaba tumbado en la arena. A su lado se encontraba Eva.

—Más vale así.

—Soterre hace una vida normal. Nadie suele frecuentar su villa, y tampoco se reúne con nadie.

—Tal vez han variado los planes... Puede que les haya entrado miedo, pero cuando escuché la conversación, me pareció que se estaba tramando algo.

—Nos mantendremos alerta... Pero ya ve cómo está esta ciudad en verano. No es posible llevar un control riguroso.

Adannet, el inspector de Niza que había tomado parte en las pesquisas para aclarar la muerte de Dora, se alejó.

—¿Preocupado? —preguntó Eva.

Él sonrió.

—No.

—Mientes mal. Yo sé que sí.

—Es como tener algo ante las narices y no verlo.

—¿Crees que Soterre se atreverá a realizar algo estando tú aquí?

—No me fío ni un pelo. Apuesto a que ocurra lo que ocurra él se mantendrá al margen y no será posible probarle nada. Por eso quisiera anticiparme en sus planes. Encontrarle con las manos en la masa.

—Yo también odio a ese hombre... por lo que hizo a mi amiga, por lo que aquel secreto me hizo sufrir a mí, pero tal como están las cosas no puedes hacer nada.

—Eso es lo que más me fastidia. Estar cruzado de brazos.

Guardaron silencio. Ella no interrumpió los pensamientos de su prometido porque sabía que estaba cavilando.

El resto de la mañana transcurrió sin novedad.

Uno de los encargados de la limpieza de las playas pasaba el rastrillo aprovechando que varios turistas ingleses, extremadamente puntuales en las comidas, habían abandonado la arena para dirigirse a sus hoteles.

Era un hombre entrado en años, pero visto de espalda parecía joven. La tez tostada por el sol, y las gafas ahumadas le daban el aspecto de un turista.

Eva se fijó fugazmente en él. Lo había visto en otras ocasiones, pero no se le ocurrió vaticinarle nada malo.

Sin embargo...

Desde la terraza del Gran Palace, alguien observaba al hombre con un catalejo.

Era Soterre.

Hacia la una y media de la tarde, el hombre del rastrillo abandonó su trabajo para dirigirse a comer.

Un puente bajo el cual habían circulado antiguamente aguas residuales le sirvió de cobijo.

Sacó su bocadillo y comenzó a mordisquear.

El paseo estaba menos concurrido. La gente comía.

Soterre cruzó rápidamente la calle y llegó hasta donde estaba el hombre.

—¡Eh, amigo...! ¿Quiere ganarse cien francos?

El hombre se quedó con la boca abierta, llena de comida, mirando al recién llegado.

—¿Cien francos? ¿Cómo? —preguntó.

—Tengo una playa privada, a unos quince kilómetros. Me gustaría que le hiciera una buena limpieza. Está llena de algas.

—Esto es fácil... ¿Le parece bien después de las seis?

—Sí. Después de las seis. Estupendo.

—¿Dónde es exactamente?

—Es un poco difícil de explicar. Espéreme a la salida de la parte vieja. Hay un bar. El... Moulin creo que se llama.

—Sí. Sé dónde está.

—Vendré con el coche a recogerle.

—Por mí encantado.

—También tendré otro trabajo para usted... Y podrá ganar bastante más, pero tiene que hacerlo por la noche.

—Hummm —y Soterre dio un billete de cincuenta francos al hombre.

—Tome. Esto es a cuenta. Beba a mi salud.

—Gracias, señor...

—Me llamo Forneaux.

—¿Forneaux? ¿Alphonse Forneaux? —murmuró el hombre, abriendo más los ojos.

—Sí.

—¡Oh...! He oído hablar de usted... Sí, señor —y para sí lanzó un silbido de admiración.

En Niza había un tal Forneaux, multimillonario. Un hombre que tenía fama de aparecer raras veces en público.

Soterre se alejó.

Aquello eran los prolegómenos del atraco que debía llevarse a cabo aquella misma noche y el encargado de la limpieza, una de las víctimas necesarias para el trabajo.

Frenchy y el otro compinche llegaron al atardecer y se instalaron en uno de los hangares para lanchas situados en aquella parte de la costa. Soterre les estaba esperando.

—Todo está a punto —dijo—. Yo he buscado a los hombres. A vosotros os toca hacer el resto.

Frenchy cambió una mirada con un compañero.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Uno está más abajo. Esperando instrucciones. Vosotros se las daréis.

—¿Por qué no lo hace usted? —protestó el compañero de Frenchy.

—Escucha, Tony —repuso Soterre—. Cuando os propuse el

trabajo todos aceptasteis. No hay riesgos. Los dos hombres no esperan ser atacados... Sólo os basta...

—Sí, sabemos lo que hay que hacer —cortó Tony de mal talante.

—Entonces, todo solucionado. Esperad hasta el último momento. El otro hombre es muy parecido a Frenchy. Tiene unos veintiséis años, era cajero de un restaurante, pero lo echaron por algunas irregularidades. Le gusta jugar y vive dando sablazos a los amigos... Cuando le encuentren dentro de la furgoneta, muerto seguramente, no dudarán ni un momento de que es uno de los que han tomado parte en el atraco.

—¿Dónde está? —preguntó Frenchy.

—Vendrá aquí, dentro de dos horas. Allí tenéis los trajes. Un mono y un uniforme... Frenchy conducirá la furgoneta. Y recordad que debéis meter el dinero en el saco de mano, y lo arrojaréis al pasar.

—Sí. Todo esto está perfectamente comprendido —replicó Tony—. Pero si las cosas se complican...

—A menos que os dejéis sorprender, podéis coger ventaja suficiente y una vez la furgoneta despeñada, los que os sigan fijarán toda su atención en el vehículo y os dará tiempo de huir. Pero nada de venir a mi casa. Últimamente la han vigilado. Todo debe seguir igual.

—¿No podemos permanecer todo el día aquí? —protestó Tony—. Acabarían por descubrirnos.

—Tenéis tiempo de procuraros un coche. Podéis ir hasta Marsella y de allí en avión a París.

—¿Y el dinero?

—No os preocupéis. Yo no me quedo con la parte que no me corresponde.

Soterre les dejó.

La cosa iba ya en serio.

A escasa distancia, un infeliz que hasta entonces mal que bien podía ir viviendo con lo que le daban para limpiar la playa, iba a ser la primera víctima del trabajo que ya estaba prácticamente en marcha.

CAPÍTULO XXIII

Si el inspector Adannet no hubiera entrado en aquel bar para efectuar una llamada telefónica particular, tal vez las cosas hubiesen sucedido de modo diferente, pero a veces el azar, unido a la intuición de los policías, se constituye en un factor importante y determinante de los éxitos o de los fracasos.

En la barra se produjo un pequeño altercado.

Un individuo de unos veintiséis años a quién llamaban Frankie, exclamó:

—Maldito dinero... Te he dicho que esta noche te pagaré... Voy a ganar bastante, porque no soy un vago como algunos creen.

—Frankie, cuando traigas el dinero y pagues tu cuenta atrasada te daré crédito —replicó el que debía ser el dueño del bar.

—Sólo te he pedido una copa, no una botella.

—Lárgate ya, Frankie. Son muchas copas.

Frankie rompió un vaso. Uno de los empleados intentó sujetarle, pero el joven se defendió.

El inspector Adannet salió de la cabina de teléfono.

—¿Qué ocurre?

—Hola, inspector —saludó Frankie, esbozando una sonrisa.

—¿Estás sin blanca? Pides fiado y encima armas camorra. ¿No es así?

—Lo siento, inspector. Yo no puedo fiarle más —dijo el dueño del bar.

—Pero si les he dicho que mañana tendré dinero...

—Vamos, Frankie, sal y si tienes sed bebe agua... o trabaja para pagarte las copas que tomes.

Frankie salió mascullando algo entre dientes.

El ayudante del inspector, viendo alejarse a Frankie, murmuró:

—Todos hacen lo mismo... Quieren ganar dinero fácil, y si no lo consiguen se empeñan hasta la camisa.

Aparentemente Adannet no hizo el menor caso, pero mientras el auto conducido por su compañero le llevaba de vuelta al puesto de policía, murmuró:

—¡Un momento! Frankie dijo que mañana tendría dinero... Claro que ésta debe ser la excusa de siempre para que le fíen.

Su compañero murmuró:

—¿Irá a cenar con su colega de París?

—Si no hay novedad, sí. Además, le debo a mi esposa una salida. El inspector siguió su ruta.

Marcel Leduc, impecable dentro de su *smoking*, golpeó con los nudillos la puerta de la habitación de su prometida.

—Adelante —invitó ella.

—¿Preparada? —sonrió él desde el umbral de la puerta.

Ella lucía un moderno conjunto de noche, una combinación de raso negro y lamé.

Había dejado ya el bastón en que se apoyaba desde que salió del hospital y a Marcel se le antojó más hermosa que nunca.

—No digas que las mujeres hacen esperar.

—Tú eres una mujer excepcional —replicó él.

—¿Vendrá a buscarnos tu colega Adannet?

—No. Iremos directamente al Constanza. Pero antes tomaremos unos combinados.

En la calle todavía había luz diurna. El sol de julio lanzaba sus últimos rayos cuando los turistas cenaban en las terrazas de los hoteles y restaurantes y en la playa algunos aprovechaban la temperatura benigna.

Una mujer cruzó la calle haciendo comentarios desabridos.

Un camarero habló con ellas. Estaban muy cerca de la playa. En la barra, al aire libre, Marcel y su prometida tomaban los combinados antes de ir a cenar.

El camarero parecía excusarse.

—Sí... Mañana se lo diré al que cuida de la limpieza... No le he visto... No... Salió antes, descuide, señora. Simón es honrado, si encuentra su pulsera puede estar segura de que se la devolverá.

El camarero se dirigió a otro compañero cuando las dos clientes se hubieron alejado.

—¿Dónde diablos está Simón? —inquirió pensando que nadie podía oírle.

—Se marchó muy contento. Dijo que esta noche iba a ganar mucho dinero...

—¿Es que piensa cometer un atraco? —preguntó el barman.

—¿Simón? ¡Je! —sonrió el camarero—. De todos modos algo se lleva entre manos... Parece que tenían que pasar a recogerle. Él no dijo nada en concreto, pero esta tarde parecía otro.

Aquellas palabras fueron captadas fugazmente por Marcel Leduc. Atraco. Dinero. Esta noche.

Adannet presentó su esposa a la joven pareja.

—Un colega de París. Ya te he hablado de él. Su prometida, la señorita Eva.

Tras los saludos de rigor y mientras las dos mujeres empezaban a hablar dirigiéndose hacia la barra para tomar un aperitivo, Marcel murmuró:

—Adannet, no es para amargarte la cena, pero... he pensado en algo... En

D'Angelo

concretamente... Si Soterre prepara algo... le faltará un hombre. Un hombre como

D'Angelo,

que sirva para sustituirle.

—Sí. Podría ser... ¿Tenéis a fichados que anden sueltos por ahí?

—Algunos, pero últimamente se portan bien.

—No sé por qué hace un momento he oído que uno de los que cuidan de la limpieza de la playa manifestó que iba a ganar mucho dinero... Seguramente será una baladronada, o una casualidad.

—Seguramente... ¡Un momento! Antes oí yo también algo parecido... ¡Sí! Frankie. Uno al que despidieron. Sí, también dijo que mañana esperaba tener mucho dinero. Bueno, seguramente estamos haciendo castillos en el aire, pero no cuesta nada efectuar una llamada telefónica. Voy a hacerlo.

Se dirigió a la cabina y regresó a los pocos instantes.

—He dado algunas órdenes, y ahora vayamos con las hembras. No está bien que las dejemos solas.

Para los dos policías aquélla en principio iba a ser una noche diferente, pero iba a serlo también para alguien más.

CAPÍTULO XXIV

El veterano limpiador de la playa sonrió a los dos hombres.

Sentado entre las rocas, cuando el sol había huido y comenzaba lentamente el crepúsculo, murmuró:

—No comprendo lo que tengo que hacer. El señor Forneaux me dijo que aguardara aquí y no me moviera.

Tony llevaba una barra de hierro en la diestra y Frenchy se colocó delante del hombre, que seguía sentado.

—No se preocupe por nada y siga sentado. Ya le avisaremos —dijo Frenchy.

Su compinche comenzó a levantar la barra. Frenchy consultó el reloj.

Casi encima de sus cabezas pasaban los coches de la carretera, pero quedaban resguardados de cualquier mirada por la vegetación y las rocas.

Se produjo un extraño silencio.

El de la playa pareció presentir algo. Quizá ese sexto sentido que a menudo predice el peligro.

Se volvió un instante.

En la carretera un automóvil hizo sonar insistentemente el claxon pidiendo paso.

El hombre quiso gritar al ver acercarse la barra de hierro hacia su cabeza.

El claxon del auto siguió sonando hasta perderse más allá de la curva.

El limpiador de la playa no sintió nada.

El golpe seco lo fulminó contra el suelo. Quedó ladeado con la boca abierta.

Frenchy se aproximó.

—Está muerto —dijo lacónicamente.

Lo arrastraban hasta el hangar, cuando saltando por las rocas

apareció Frankie.

—Date prisa. Se acerca alguien —dijo Frenchy.

Metieron al muerto dentro del hangar y Frenchy salió de nuevo. Frankie estaba ya allí.

—Me han dado estas señas. Me llamo Frankie. Un hombre me dijo...

—¡Sí! —cortó Frenchy—. Pero llega usted antes de lo que pensábamos.

—¿Pensábamos? ¿No está usted solo? —Y Frankie se fijó en la mano derecha de Frenchy.

Tenía sangre.

—¿Se ha hecho daño? —murmuró.

—¡Oh, sí! Un pequeño corte.

—¿Pequeño?

Frankie quiso asomar, pero Frenchy le cortó el paso.

—Oiga... Yo sólo quisiera saber de qué se trata.

Aquel hombre no fue muy explícito.

—Ya lo sabrá, espere.

Frankie se aproximó más y estiró el cuello como si quisiera ver lo que había en el hangar.

En aquel instante se produjo un ruido y Tony desde dentro lanzó una maldición.

—Si quieren que les eche una mano...

—No, aguarde —replicó Frenchy, malhumorado.

Por debajo la puerta del hangar se deslizó un diminuto reguero de sangre.

Entonces Frankie se fijó que las rocas también estaban manchadas.

—Alguien parece estar desangrándose.

—¡Maldita sea! Deje de hacer preguntas —exclamó Frenchy, perdiendo el dominio.

Frankie se separó.

De la forma en que quedó situado pudo ver parte del cuerpo del limpiador de playas, que una lancha no podía ocultar.

—¿Qué es esto? —gritó, agrandando los ojos.

Tony salió de dentro con la misma barra homicida.

—¡Acabemos ya! —masculló.

Quiso sorprender a Frankie soltándole un golpe, pero el recién

llegado pudo esquivar.

Comenzó a correr y los otros dos le siguieron.

—Hay que alcanzarle —gruñó Tony—. Ahora ha visto demasiado.

Empezaron a perseguirle.

Frankie trepaba hábilmente ayudándose con las manos.

Tropezó con una piedra y tuvo una idea. La cogió. Pesaba bastante.

—¡Cuidado! ¡Va a soltarla! —previno Frenchy.

El fugitivo arrojó la piedra y los otros dos tuvieron que apartarse y perder un tiempo precioso, pero no tenían más remedio.

Después la persecución continuó.

—¡Deprisa, deprisa! —gritó Frenchy.

Estaban a media cena cuando el camarero llegó con el recado telefónico para el inspector local.

Adannet se excusó y se encaminó hacia la cabina. Desde el otro lado del hilo una voz le informó:

—Frankie no está en ninguno de los lugares habituales, tampoco se encuentra en su domicilio. Se ha buscado también en los cines.

—¿Y qué hay de Simón?

—Un agente ha hablado con los compañeros con los que suele reunirse. Parece que tenía que dirigirse a la finca de Forneaux.

—¿Alphonse Forneaux?

—Sí, señor, pero es extraño, porque en la casa no hay nadie. Forneaux está de viaje y en la villa de la costa no ha quedado ni la servidumbre. Lo raro está en que Simón aseguraba que había hablado con Forneaux en persona.

—La villa de Forneaux está en dirección noroeste, igual que la que tiene alquilada Soterre, ¿no?

—Sí, señor, pero en la villa de Soterre no tengo noticias de que ocurra nada anormal. La mantenemos vigilada.

—Está bien. Intenten localizar a Simón y busquen también a Frankie. Puede que no sirva de nada, pero menos es estarnos cruzados de brazos.

—Sí, señor.

El inspector colgó el teléfono.

Desde el borde de la carretera, y para tomar nueva ventaja,

Frankie arrojó otro par de piedras.

Frenchy se echó a un lado para evitar que una de aquellas moles le aplastara.

Tony perdió el equilibrio y cayó.

La piedra rebotó dos veces.

Cuando Tony quiso saltar fue alcanzado por el pedrusco.

Lanzó un ¡ay!, terrible y quedó inmóvil.

La piedra le había dado de lleno en el cráneo.

Frankie corrió por la carretera para huir de allí en el instante en que Frenchy sacaba una pistola automática.

CAPÍTULO XXV

Cuando jadeante y casi sin aliento Frenchy llegó a la villa de Soterre, éste le increpó:

—¡Te dije que ni siquiera os asomarais!

Fugazmente Frenchy explicó lo ocurrido.

El inquilino de la villa se volvió lívido primero y después la ira enrojeció su semblante.

—¡Habéis dejado a Frankie libre...! ¡Ha visto el cuerpo de Simón...! Y ahora le faltará tiempo para contárselo a la policía. Sois una pandilla de inútiles.

—Nos cogió de sorpresa... Y Tony también está muerto. Una piedra le aplastó.

—Hubiéramos podido ganar mucho dinero en una noche. ¡Eres un estúpido! Has echado por la borda una fortuna. No tendremos otra ocasión como ésta.

—Yo ya le he advertido —replicó Frenchy—. Ahora me voy. Si Frankie habla, las cosas se pondrán demasiado feas.

Dio la vuelta y salió de la casa.

—¡Espera! —exclamó Soterre.

Salió tras él.

—Tengo el coche a un kilómetro. Iré a Marsella y de allí ya veremos. Todo menos quedarme.

Avanzó por el sendero privado que estaba dentro del recinto de la casa.

—No, Frenchy... Acabarán cogiéndote en cuanto Frankie de tu descripción. Es a mí al único que carecen de pruebas para relacionarme.

Y al decirlo había sacado de su bolsillo una pistola automática de pequeño calibre.

Frenchy dudó.

—¡Vamos! No te pares ahora. Sigue adelante —ordenó Soterre.

Poco después, al llegar al sendero, Soterre efectuó tres disparos.

El cañón iba provisto de silenciador y los impactos no produjeron ningún ruido, sin embargo, el cuerpo de Frenchy, sacudido por las balas, se estremeció hasta quedar tendido entre la hierba.

En el restaurante una nueva llamada terminó con la fiesta.

Después de contestar al teléfono, Adannet regresó para informar:

—¡Han localizado a Frankie...! Dice que a unos cinco kilómetros han matado a un hombre. La descripción que ha dado de los tipos corresponde a los cómplices de Soterre. Dos coches acaban de salir. Yo me dirijo hacia allí.

—Yo también —se volvió hacia Eva para añadir—: Si no volvemos... ¿te importará regresar sola?

La esposa de Adannet contestó por la joven:

—Si se casa con un policía, querida, tendrá que regresar sola en muchas ocasiones —advirtió con voz resignada.

Leduc viajó en el mismo automóvil que su colega de Niza, el cual conducía el vehículo.

En aquel instante Soterre arrastraba el cuerpo del hombre al que acababa de matar para ocultarlo momentáneamente entre unos arbustos.

Apenas había concluido cuando fue sorprendido por las sirenas de la policía y decidió regresar a su casa tranquilamente y esperar.

Algunos coches pasaron de largo, mientras el que conducía Adannet a cuyo lado viajaba Leduc, se detuvo cerca de la casa. Otro coche con cuatro gendarmes quedó cubriendo el terreno.

Una pareja de agentes avanzó por el recinto.

Leduc llegó el primero a la entrada principal y llamó al timbre.

Soterre apareció en el umbral de la puerta.

—Últimamente la policía parece que le ha tomado gusto a mi casa —dijo—. ¿Qué desean ahora?

—Le necesitamos para una identificación —dijo Adannet. Como adscrito a la brigada de homicidios llevaba la voz cantante toda vez que Marcel no tenía jurisdicción.

—¿A quién hay que identificar?

—Hay dos hombres muertos no lejos de aquí. Sabemos que uno de ellos por lo menos tenía alguna relación con usted —siguió el agente de Niza.

Un coche se detuvo en aquellos momentos. Instantes después y mientras Soterre no parecía dispuesto a colaborar con la policía, un policía uniformado informó desde el umbral:

—¡Hemos encontrado los dos cadáveres!

Los agentes que habían entrado primero en el recinto habían descubierto el cadáver de Frenchy.

—Vigilen a ese tipo —ordenó Adannet a dos de sus números—. Regístrenlo.

Salió en compañía de su colega.

Soterre se quedó entre los dos que le custodiaban. Tenía otra pistola en el cajón de un mueble.

En el exterior, Leduc había llegado a dónde estaba el cadáver todavía caliente de Frenchy.

Al inclinarse sobre él y tocarlo, murmuró:

—No hace mucho que ha muerto.

Adannet lo comprobó.

—Vamos a la casa... Si Soterre tiene una pistola con balas iguales a las que se encuentren en este cuerpo, ya nada podrá salvarle.

Soterre comprendió que la policía había llegado demasiado temprano para darle tiempo a preparar el escenario adecuadamente.

Aquella pistola le comprometía y sobre todo el cadáver de Frenchy.

Ya no vaciló.

Sorprendió a los agentes abriendo rápidamente el cajón, sacó el arma y comenzó a disparar.

Los agentes repelieron la inesperada agresión.

Uno cayó, y el otro pudo esquivar cuando Soterre sin dejar de disparar, corría hacia una puerta.

Una escalera descendente se dirigía al garaje.

El agente intentó seguirle cuando Leduc y Adannet regresaban.

—¡Ha disparado y trata de huir! —exclamó el agente.

—¡Dé orden de que rodeen la casa!

Leduc salió fuera mientras Adannet seguía por el mismo camino que había tomado Soterre, que ahora estaba ya sentado en un automóvil que ponía en marcha rápidamente.

Había dado ya el contacto que elevaba la puerta de salida del garaje.

Leduc estaba allí y sacó su pistola. Soterre puso en marcha el coche y arrancó como un corredor de carrera.

El policía de París tuvo que hacerse a un lado para no ser alcanzado por el vehículo.

Sin embargo, desde el suelo afinó la puntería para disparar a las ruedas.

Soterre rompió la valla de la entrada al recinto y enfiló la carretera.

Adannet estaba demasiado lejos y Leduc se precipitó hacia el coche sin esperarle. Sabía que era cuestión de momentos. Si el fugitivo tomaba demasiada ventaja podría perderle de vista.

Ahora Soterre había sacado unos doscientos metros sobre Leduc, que ya había empezado a seguirle.

Y detrás comenzaron a sonar las sirenas de los coches oficiales.

Leduc procuraba reducir la distancia, pero la carretera aunque ancha, bordeaba constantemente el acantilado y resultaba extremadamente peligrosa.

El fugitivo pisaba a fondo.

Su coche era potente, poderoso.

Marcel Leduc con un coche inferior hacía gala de su extraordinaria pericia.

Las curvas se sucedían.

La carretera estaba cortada por un desvío, por obras.

Soterre tomó por el tramo principal, y Leduc acertó por el sector en obras.

Avanzaban paralelamente casi a la misma altura.

Soterre lo observó y apuntó con su revólver.

Sonaron varios disparos. Leduc pudo esquivar.

Estaban ya próximos al cruce. Iban a encontrarse.

El policía siguió apretando a fondo. Aquel envite podía costarle la vida y lo sabía.

Soterre apuntó de nuevo.

Leduc le lanzó el coche girando rápidamente para arrinconarle a la cuneta.

Lo terrible de la marcha hizo que las ruedas del coche fugitivo patinaran.

Había un precipicio demasiado cercano para que Soterre pudiera intentar salirse de la carretera y esquivar.

Optó por frenar.

Saltó por el lado opuesto y efectuó los últimos disparos de su automática. Inmediatamente Marcel Leduc se lanzó sobre él cuando intentaba huir.

Soterre todavía forcejeó, pero Leduc le redujo con una llave perfecta, inmovilizándolo completamente.

El resto de los coches llegaron entonces.

Soterre, el asesino que tantas veces había conseguido eludir a la justicia, había sido capturado por un policía tenaz... de vacaciones.

EPÍLOGO

Cuando Claude Soterre ocupó nuevamente el banquillo de los acusados, no tenía la menor defensa posible.

Se probó que había asesinado a Frenchy. En esa ocasión le habían cogido con la pistola en el bolsillo y sus huellas estampadas, y las balas del cuerpo de la víctima correspondían a la misma arma.

Su historial pesó mucho delante de los jueces y el juicio fue breve.

No quiso hablar con respecto a los planes... Guardó silencio también en relación con las muertes de Simón y de Tony.

—De todos modos es igual —dijo Marcel, al salir de la Audiencia—. Sólo tiene una vida para perder.

La noticia de la condena del asesino apareció en todos los periódicos del país.

Claude Soterre fue condenado a la guillotina.

Los ayudantes del verdugo prepararon al condenado.

Convenientemente atado con las manos a la espalda, y rota la camisa para dejar libre el cuello, Soterre fue conducido por el patio de la prisión en el que se alzaba la máquina.

Sobre el estrado esperaba el verdugo.

Los ayudantes le entregaron al reo, e inmediatamente comprobó que las cuerdas estuvieran bien sujetas. Tiró con fuerza y le indicó dónde debía apoyar la cabeza.

Soterre miró la cuchilla que estaba sujeta en lo alto y se fijó en la palanca.

Cuando el verdugo accionara aquella palanca...

Tembloroso apoyó la cabeza en la media luna ranurada. La cuchilla bajaría desde lo alto y le rompería limpiamente el cuello.

Entonces vio la cesta que estaba a su lado. ¡Allí iría a parar su cabeza!

Sintió un terror pánico indescriptible y deseó que la muerte viniera pronto, pronto.

Escuchó el ruido de la palanca y algo fino que se deslizaba raudo sobre su cabeza.

Ya no pudo escuchar nada más.

Marcel tiró el periódico y miró el horizonte.

Era invierno, pero Niza seguía siendo hermoso, sobre todo si uno se halla en plena luna de miel.

Eva se acercó por detrás. Lucía un vaporoso y transparente camisón.

—¿Piensas en algo, cariño? ¡Oh! No te perdono que en estos días echés de menos el trabajo.

Él se volvió. La miró largamente y murmuró:

—Pensaba en telefonar al comisario, para pedirle que prolongue mis vacaciones...

—¡Oh! ¡Sería maravilloso! —exclamó ella, y apoyó su cabeza en el pecho de Marcel.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

